

CRISTIANIDAD

AL REINO DE CRISTO
POR LOS CORAZONES DE JESÚS Y MARÍA

«Volved a mí de todo corazón»



Antífona a la Cruz delante del Crucifijo de San Marcelo

Reflexiones en torno a la pandemia del coronavirus



Aquel día, al atardecer, les dice Jesús: «Vamos a la otra orilla». Dejando a la gente, se lo llevaron en barca, como estaba; otras barcas lo acompañaban. Se levantó una fuerte tempestad y las olas rompían contra la barca hasta casi llenarla de agua. Él estaba en la popa, dormido sobre un cabezal. Lo despertaron, diciéndole: «Maestro, ¿no te importa que perezcamos?». Se puso en pie, increpó al viento y dijo al mar: «¡Silencio, enmudece!». El viento cesó y vino una gran calma. Él les dijo: «¿Por qué tenéis miedo? ¿Aún no tenéis fe?». Se llenaron de miedo y se decían unos a otros: «¿Pero quién es este? ¡Hasta el viento y el mar lo obedecen!».



RAZÓN DEL NÚMERO

03 Técnica, soberbia, coronavirus
y la posibilidad de seguir
bendiciendo a Dios
J.S

ARTÍCULOS

- 05 «Esta epidemia ha dispersado
el humo de la quimera»
Cardenal Robert Sarah
- 09 La historia «sagrada» de las plagas
José Ignacio Orbe HNNSC
- 12 Las plagas traen miedo y aislamiento,
pero la historia de la Iglesia muestra
que hay remedios
Thomas Chacko (The Catholic Herald)
- 15 Apóstoles del Corazón de Jesús
ante la peste de Marsella (II)
José Javier Echave-Sustaeta
- 19 ¿Por qué tenéis miedo?
Francisco

- 23 Reflexiones en torno a la pandemia
Emili Boronat
- 26 Una reflexión sobre el virus de Wuhan
y la nueva ley de eutanasia
Guillermo Elizalde
- 28 Hablábamos de eutanasia
y llegó el coronavirus
Ignacio Aréchaga (El Sónar-Aceprensa)
- 29 Trashumanismo y pandemia
Stefano Abbate
- 31 «Coronavirus, regreso a la condición
humana»
Jacques Julliard (Figaro Vox)
- 32 El miedo a la muerte
en un mundo sin fe
Santiago Arellano Hernández
- 34 Testimonios del personal sanitario
en la pandemia
*Santiago Fernández, Guadalupe Alsina,
Teresa Navarro*

SECCIONES

- 37 **Reseñas bibliográficas**
- 38 **Hemos leído**
- 40 **Pequeñas lecciones de historia**
- 41 **Actualidad religiosa**
- 44 **Actualidad política**

CONTRAPORTADA

- 48 «La fe necesita de la Iglesia y de
los sacramentos»
Francisco

Edita
Fundación Ramón Orlandis i Despuig
Director: Antoni Prevosti Monclús
Redacción y administración
Duran i Bas, 9, 2ª
08002 Barcelona

Redacción: 93 317 47 33
e-mail: ramonorlandis@gmail.com
Administración: revista.CRISTIANDAD@gmail.com
<http://www.orlandis.org>

Imprime: Anebri Artes Gráficas, C.I.F. A-80083017

Técnica, soberbia, coronavirus y la posibilidad de seguir bendiciendo a Dios

J. S.

LA pandemia del coronavirus parece haberlo trastocado todo y la incertidumbre sobre nuestro futuro provoca una angustia generalizada. Pero lo cierto es que si nos detenemos, si nos apartamos por un momento de la vorágine de información en que vivimos sumergidos y reflexionamos con atención sobre lo que está ocurriendo, nos damos cuenta de que más que entrar en un mundo nuevo, la crisis del coronavirus pone de manifiesto aspectos de nuestro mundo que ya estaban ahí, pero preferíamos ignorar en el mejor de los casos o de los que nos enorgullecíamos en el peor. La crisis del coronavirus revela, pues, la crisis de nuestra civilización, las debilidades de una civilización que, tal y como ya señalara **Georges Bernanos** tras acabar la segunda guerra mundial, se caracteriza por la primacía de la técnica y por su soberbia, la segunda confiando ingenuamente en la primera.

Escribía Bernanos que «una civilización se caracteriza por el tipo de hombre para el que está hecha». En nuestro caso, un hombre que pugna por arrancar de sí los últimos «residuos» de trascendencia, un hombre pretendidamente autoemancipado que, en un gesto de rebelión total contra su Creador, vocifera insensatamente no estar sometido ya a una naturaleza que cree capaz de configurar a su antojo, un hombre que cree que está a un paso de someter incluso a la muerte y dejar atrás la mortalidad asociada a su humanidad (leíamos hace poco pomposas declaraciones, proclamadas con esa solemnidad un tanto pedantesca del cientifismo, afirmando que ya había nacido el hombre que no conocería la muerte).

Ha sido este hombre, que se concibe como emancipado de la naturaleza y a un paso de dejar atrás su condición humana por una nueva

transhumana el que, de repente, ha quedado a merced de un virus originado en un remoto mercado del interior de la China. El soberbio candidato a superhombre violentamente golpeado por algo tan antiguo y poco sofisticado como una pandemia. En expresión feliz de Jacques Julliard, «Prometeo ha enfermado de coronavirus».

Una humillación en toda regla para una civilización esclava de una lógica de hierro que afirma que no hay límites, que se hará inexorablemente todo aquello que sea fácticamente posible hacer y que, en consecuencia, normaliza prácticas como la eugenesia o la eutanasia. Anunciaba ya Bernanos hace más de medio siglo que la forma óptima de la modernidad para tratar a los «débiles y los tarados: desde el punto de vista general el suprimirlos pura y simplemente» es lo más económico. «Por lo tanto, tarde o temprano serán suprimidos por la técnica». ¡Qué proféticas palabras cuando asistimos a la eliminación casi total de los niños con síndrome de Down antes de que alcancen a nacer!

Se ha construido así una civilización inhumana que, bajo su manto de pretencioso dominio del mundo por la técnica, esconde a duras penas una realidad mucho más sórdida. Con fina psicología, Bernanos observaba que «el mundo moderno que presume de sus excelentes técnicas es en realidad un mundo entregado al instinto, es decir, a sus apetitos». Y añade: «el hombre moderno es un angustiado. La angustia ha ocupado el lugar de la fe».

LA CRISIS DEL CORONAVIRUS REVELA PUES LA CRISIS DE NUESTRA CIVILIZACIÓN, LAS DEBILIDADES DE UNA CIVILIZACIÓN QUE, TAL Y COMO YA SEÑALARA GEORGES BERNANOS, SE CARACTERIZA POR LA PRIMACÍA DE LA TÉCNICA Y POR SU SOBERBIA, LA SEGUNDA CONFIANDO INGENUAMENTE EN LA PRIMERA

Una angustia, ya presente entre nosotros desde hace décadas pero que habíamos conseguido disimular y que ahora aflora masivamente en estos tiempos de pandemia. Nuestro mundo, orgulloso y autosuficiente, se muestra ahora desconcertado e impotente no ya para cumplir con sus fatuas promesas, sino ni siquiera para proteger nuestras vidas. Nos prometía la vida eterna, ser como dioses, y se tambalea ante un virus que no nos ha pedido permiso para devastarnos. Ante tamaño naufragio, ¿cómo no caer en el nihilismo y la desesperación?, ¿cómo podemos seguir afirmando, con el salmista, «bendice, alma mía, al Señor, y no olvides sus beneficios»?

No, no podemos hacerlo desde nuestra mirada soberbia y pretendidamente autosuficiente; para dar gracias siempre y en todo lugar necesitamos mirar la realidad desde otra perspectiva. Es lo que escribe san Pablo a los Romanos: «a los que aman a Dios, todo les sucede para el bien». Pero para mirar así tenemos que contemplar el mundo y la historia a la luz de Dios, pues sólo esa luz nos permite ver las cosas como realmente son. Como escribe **Robert Spaemann** en su meditación sobre el salmo 110, nos hemos olvidado de ver en las atrocidades de la historia – como hicieron siempre los apóstoles y los cristianos– la mano de Dios, también cuando la pena

alcanza a los inocentes. Misterio que sólo se puede abordar desde el reconocimiento de que «la pena alcanzó con toda su fuerza al que es absolutamente inocente». Es la mirada desde la cruz la única que puede comprender, una mirada que no solamente acepta con resignación, sino que osa afirmar que «contemplar el actuar de Dios en la historia de la salvación significa alegrarse en ella». Sí, tam-

**SÓLO UNA CIVILIZACIÓN CONSTRUIDA
POR HOMBRES HUMILDES, QUE RECONOZ-
CAN SUS LÍMITES Y MISERIAS, PERO TAMBIÉN
ESPERANZADOS AL SABERSE AMADOS POR
DIOS HASTA LA LOCURA, SERÁ CAPAZ DE
AFRONTAR LA PANDEMIA**

bién cuando el mundo, ese mundo soberbio que se ufana de haber expulsado a Dios de nuestras vidas, se muestra en toda su fragilidad y zozobra ante esta infección invisible.

¿Hay esperanza para este nuestro mundo? Sí, nos atrevemos a afirmar con la Iglesia. Si la soberbia es el origen del pecado, nuestra debilidad es fundamento de la misericordia que es la fuente de nuestra salvación. Escribe Spaemann, meditando sobre el salmo 113, que «el ángel no puede ser perdonado porque es fuerte. Su decisión en pro o en contra del amor de Dios es definitiva, dado que los seres espirituales están totalmente presentes en aquello que hacen. El hombre es débil como todos los organismos vivos; «sus días son como la hierba»... El hombre no se identifica completamente con aquello que es. Y si es cierto que su debilidad constituye el fundamento de la misericordia de Dios, entonces la negación de esta debilidad, la soberbia, constituye el pecado original, y la humildad es la «madre de las virtudes».

Sólo una civilización construida por hombres humildes, que reconozcan sus límites y miserias, pero también esperanzados al saberse amados por Dios hasta la locura, será capaz de afrontar la pandemia, confiados en la bondad de la divina Providencia y sabiendo que no debemos temer a quien puede matar solamente el cuerpo pero no el alma.

INTENCIONES DEL PAPA ENCOMENDADAS AL APOSTOLADO DE LA ORACIÓN



Mayo

Intención de oración por la evangelización: Por los diáconos. Recemos para que los diáconos, fieles al servicio de la Palabra y de los pobres, sean un signo vivificante para toda la Iglesia.

Junio

Intención de oración por la evangelización: El camino del corazón. Recemos para que aquellos que sufren encuentren caminos de vida, dejándose tocar por el Corazón de Jesús.

«Esta epidemia ha dispersado el humo de la quimera»

El cardenal Robert Sarah, confinado en el Vaticano, analiza en una entrevista las causas de esta crisis provocada por la pandemia. Valeursactuelles, 11 de abril 2020



¿Qué le inspira la crisis del coronavirus?

ESTE virus ha actuado como un indicador. En pocas semanas, la gran quimera de un mundo materialista que se creía todopoderoso parece haberse hundido. Hace unos días, los políticos nos hablaban de crecimiento, pensiones, reducción del paro. Se sentían seguros de sí mismos. Y he aquí que un virus, un virus microscópico, ha puesto de rodillas a este mundo ufano, que se contemplaba a sí mismo ebrio de autosatisfacción porque se creía invulnerable. La crisis actual es una parábola que nos revela cuán inconsistente, frágil y vacío es todo lo que nos hacían creer. Nos decían: ¡podéis consumir de manera ilimitada! Pero la economía se ha hundido y las bolsas caen en picado. Hay fracasos por doquier. Nos prometían llevar más allá de los límites la naturaleza humana por medio de una ciencia triunfalista. Nos hablaban de vientres de alquiler, procreación asistida, transhumanismo, humanidad potenciada. Nos vanagloriábamos de un hombre de síntesis y una humanidad que las biotecnologías convertirían en invencible e inmortal. Y, en cambio, henos aquí, enloquecidos, confinados por un virus del que nos sabemos casi nada. El término epidemia había sido superado, era un término medieval. De repente, se ha convertido en nuestra cotidianidad.

Creo que esta epidemia ha dispersado el humo de la quimera. El hombre autodenominado todopoderoso aparece en su cruda realidad. Aquí está, desnudo. Su debilidad y su vulnerabilidad son patentes. El hecho de estar confinados en casa nos permitirá, espero, volver de nuevo a lo esencial, redescubrir la importancia de nuestra relación con Dios y, por ende, de la centralidad de la oración en la existencia humana. Y, con la conciencia de nuestra fragilidad, redescubrir la importancia de confiar en Dios y en su misericordia paterna.

¿Es una crisis de civilización?

HE repetido a menudo, especialmente en mi último libro, *Se hace tarde y anochece*, que el gran error del hombre moderno es su rechazo a la dependencia. El hombre moderno se concibe a sí mismo como un individuo radicalmente independiente. No quiere depender de las leyes de la naturaleza. Se niega a depender de los demás, comprometándose a vínculos definitivos como el matrimonio. Considera una humillación depender de Dios. Se concibe sin deber nada a nadie. Negarse a pertenecer a una red de dependencia, herencia y filiación nos condena a entrar desnudos en la jungla de la competitividad de una economía abandonada a sí misma.

Sin embargo, todo esto no es más que una quimera. La experiencia del confinamiento ha permitido que muchos redescubran que dependemos real y concretamente los unos de los otros. Cuando todo se desmorona, solo quedan los vínculos del matrimonio, la familia y la amistad. Hemos descubierto de nuevo que somos miembros de una nación y, como tales, estamos unidos por lazos invisibles pero reales. Y, sobre todo, hemos redescubierto que dependemos de Dios.

¿Habría usted de crisis espiritual?

HA observado usted la ola de silencio que se ha extendido sobre Europa? Bruscamente, en pocas horas, incluso nuestras ciudades llenas de bullicio se han calmado. Nuestras calles, llenas de gente y coches, están desiertas, silenciosas. Muchos se han encontrado solos, en silencio, en pisos que se han transformado en eremitorios o celdas monacales.

¡Qué paradoja! Se ha necesitado un virus para callarnos. Y, de repente, hemos tomado conciencia de que nuestra vida era frágil. Nos hemos dado cuenta de que la muerte no era algo lejano. Hemos abierto los ojos. Lo que nos preocupaba: economía, vacaciones, polémicas mediáticas, ha pasado a un inútil segundo plano. Es imposible no plantearse la cuestión de la vida eterna cuando cada día nos informan del número de contagiados y fallecidos. Hay quien entra en pánico, lleno de temor. Otros rechazan las evidencias y se dicen: es un mal momento que hay que pasar, todo volverá a ser como antes.

¿Y si, de manera sencilla, en este silencio, en esta soledad, este confinamiento, osáramos rezar? ¿Si osáramos transformar nuestra familia y nuestro

¿Y si, simplemente, osáramos aceptar nuestra finitud, nuestros límites, nuestra debilidad de criaturas? Me atrevo a invitar a todos a dirigirse a Dios, hacia el Creador, el Salvador

hogar en iglesia doméstica? Una iglesia es un lugar sagrado que nos recuerda que, en este hogar de oración, hay que vivirlo todo intentando orientar todas las cosas y todas las decisiones hacia la gloria de Dios. ¿Y si, simplemente, osáramos aceptar nuestra finitud, nuestros límites, nuestra debilidad de criaturas? Me atrevo a invitar a todos a dirigirse a Dios, hacia el Creador, el Salvador. Dado que la muerte está presente de manera tan masiva, invito a todos

a plantearse la pregunta: ¿la muerte es realmente el final de todo? ¿O es un pasaje, ciertamente doloroso, pero que desemboca en la vida? Por esto, Cristo resucitado es nuestra gran esperanza. Dirijamos nuestra mirada hacia Él. Acerquémonos a Él, que es la Resurrección y la Vida. Quien cree en Él, aunque muera, vivirá; y quien viva y crea en Él no morirá nunca (cf. Jn 11, 25-26). ¿Acaso no somos como Job? Sin nada, con las manos vacías y el corazón inquieto, ¿qué nos queda? La cólera contra Dios es absurda. Nos queda la adoración, la confianza y la contemplación del misterio.

Si nos negamos a creer que somos el resultado de un deseo amoroso de Dios todopoderoso, entonces todo esto será muy duro, y no tendrá sentido. ¿Cómo vivir en un mundo en el que un virus ataca por azar y abate a los inocentes? Solo hay una respuesta: la certeza de que Dios es amor y que no es indiferente a nuestro sufrimiento. Nuestra vulnerabilidad abre nuestro corazón a Dios e inclina a Dios a ser misericordioso con nosotros.

Creo que ha llegado el momento de atreverse a decir estas palabras de fe. El tiempo del falso pudor y de las dudas pusilánimes ha terminado. El mundo espera de la Iglesia una palabra fuerte, la única palabra que da esperanza y confianza, la palabra de la fe en Dios, la palabra que Jesús nos ha confiado.

¿Qué tienen que hacer los sacerdotes en esta situación?

EL Papa ha sido claro. Los sacerdotes deben hacer todo lo que puedan para permanecer cerca de sus fieles. Deben hacer todo lo que esté en su poder para asistir a los moribundos, sin dificultar la labor del personal sanitario y las autoridades civiles. Nadie tiene el derecho de privar a un enfermo o a un moribundo de la asistencia espiritual de un sacerdote. Es un derecho absoluto e inalienable. En Italia, el clero ha pagado un alto precio. Setenta y cinco sacerdotes han muerto asistiendo a los enfermos.

Creo también que numerosos sacerdotes han redescubierto su vocación a la oración y a la intercesión en nombre de todo el pueblo. El sacerdote está hecho para estar constantemente ante Dios, para adorarlo, glorificarlo y servirlo. Así, en los países confinados, los sacerdotes se encuentran en la situación introducida por Benedicto XVI. Aprenden a pasar sus jornadas en oración, en soledad y en silencio, que ofrecen por la salvación de los hombres. Si físicamente no pueden sostener la mano de cada moribundo como ellos desearían, descubren que, en la adoración, pue-

den interceder por cada persona. Me gustaría que los enfermos, las personas solas y las personas en dificultad sintieran esta presencia sacerdotal misteriosa. En estos días terribles, nadie está solo, nadie es abandonado. El Buen Pastor vela cerca de cada uno. En nombre de cada uno, la Iglesia vela e intercede como una madre. Los sacerdotes redescubren su paternidad espiritual a través de la oración continua. Redescubren su identidad profunda: no son animadores de reuniones o de comunidades, sino hombres de Dios, hombres de oración, adoradores de la majestad de Dios, hombres contemplativos.

A veces, a causa del confinamiento, celebran la misa en soledad. Entonces es cuando pueden medir la grandeza inmensa del sacrificio eucarístico, que no necesita una asistencia numerosa para dar fruto. Por la misa, el sacerdote llega al mundo entero. Como Moisés y Jesús mismo, los sacerdotes redescubren la potencia de su intercesión, su función de mediadores entre Dios y los hombres. Ciertamente, cuando celebran la eucaristía ya no tienen al Pueblo de Dios ante ellos. Entonces, que dirijan su mirada hacia Oriente. Porque «desde Oriente viene la propiciación. Es de allí de donde viene el hombre cuyo nombre es Oriente, que se ha convertido en mediador entre Dios y los hombres. Por ello, estáis invitados a mirar para siempre hacia oriente, donde surge para vosotros el Sol de la justicia, donde la luz siempre surgirá para vosotros», dice Orígenes en una homilía sobre el Levítico. Tendremos que recordar todo esto cuando acabe la crisis, para no volver a caer en una inquietud vana.

¿Y los fieles?

Los cristianos experimentan de manera muy concreta la comunión de los santos, ese vínculo misterioso que une a todos los bautizados en la oración silenciosa y el cara a cara con Dios. Es importante redescubrir cuán preciosa puede ser la costumbre de leer la Palabra de Dios, de recitar el rosario en familia o de consagrar tiempo a Dios, en una actitud de entrega de uno mismo, de escucha y adoración silenciosa. Habitualmente, valoramos la utilidad de una persona con relación a su capacidad de influencia, de acción, es decir, de agitación. De repente, todos estamos al mismo nivel. Desearíamos ser útiles, servir para algo. Pero lo único que podemos hacer es rezar, animarnos mutuamente, apoyarnos los unos a los otros. Ha llegado el momento de redescubrir la oración personal y de volver a escuchar a Jesús diciéndonos: «Tú, en cambio, cuando ores, entra en tu cuarto, cierra

la puerta y ora a tu Padre, que está en lo secreto, y tu Padre, que ve en lo secreto, te lo recompensará» (Mt 6, 6). Ha llegado el momento de redescubrir la oración en familia, de que los padres aprendan a bendecir a sus hijos. Los cristianos, privados de la eucaristía, se dan cuenta de la gracia que era la comunión para ellos. Los animo a poner en práctica la adoración en sus casas, porque no hay vida cristiana sin vida sacramental. El Señor está presente en nuestras ciudades y pueblos. A veces, también se les pide a los cristianos ser heroicos: cuando los hospitales piden voluntarios, cuando hay que ocuparse de personas solas o que viven en la calle.

¿Qué es lo que debe cambiar?

ALGUNOS dicen que nada volverá a ser como antes. Lo espero. Sin embargo, temo que, si el hombre no vuelve con todo su corazón a Dios, todo volverá a ser como antes y el camino del hombre hacia el abismo será ineludible.

Nos damos cuenta de cómo el consumismo mun-

El mundo espera de la Iglesia una palabra fuerte, la única palabra que da esperanza y confianza, la palabra de la fe en Dios, la palabra que Jesús nos ha confiado

dial ha aislado a los individuos, convirtiéndolos en consumidores abandonados a la jungla del mercado y la finanza. La globalización, promesa de felicidad, ha revelado ser un engaño. En los tiempos de prueba, las naciones y las familias se unen. Y las coaliciones de interés se dispersan. La crisis actual demuestra que una sociedad no puede estar basada en los vínculos económicos. Tomamos conciencia de nuevo de ser una nación, con sus fronteras, que podemos abrir o cerrar para la defensa, la protección y la seguridad de nuestra población. En el fundamento de la vida de la ciudad, encontramos vínculos que nos preceden: los de la familia y la solidaridad nacional. Es hermoso verlos resurgir de nuevo. Es hermoso ver a los más jóvenes ocuparse de los ancianos. Hace unos meses se hablaba de eutanasia y había quienes querían deshacerse de los enfermos graves o de los discapacitados. Hoy en día, las naciones se movilizan para proteger a los ancianos. Vemos resurgir en los corazones el espíritu del don de sí mismo y del sacrificio. Tenemos la impresión de que la presión mediática nos había obligado a ocultar lo mejor de nosotros mismos. Nos habían enseñado a admirar a los «vencedores», a los «lobos», a los que llegan a

la cima eliminado a quienes obstaculizan su camino. Y he aquí que, repentinamente, admiramos y aplaudimos con respeto y gratitud a los cuidadores, el personal sanitario, los médicos, los voluntarios y los héroes de lo cotidiano. De improviso, nos atrevemos a aclamar a los que sirven a los más débiles. Nuestro tiempo tenía sed de héroes y santos, pero la ocultaba avergonzado.

(...)

***La Iglesia está sacudida por todas partes. Desde batallas internas a la pedofilia, pasando por su aparente inadecuación al mundo moderno...
¿Qué está pasando?***

VIVIMOS una crisis profunda. Pero esta crisis es, primero de todo, una crisis de fe y una profunda crisis del sacerdocio. Los crímenes abominables cometidos por sacerdotes son el síntoma más aterrador. Cuando Dios no está en el centro, cuando la fe no determina la acción, cuando ya no es lo que nos guía, cuando ya no irriga la vida de los hombres, entonces delitos como esos son posibles. Como dice Benedicto XVI: «¿Por qué la pedofilia ha alcanzado tal proporción? En el fondo, la razón es la ausencia de Dios». Efectivamente, hemos formado a sacerdotes sin enseñarles que el único pilar de su vida es Dios, sin hacerles experimentar que su vida solo tiene sentido a través de Dios y por Dios. Privados de Dios, solo les ha quedado el poder. Algunos se han hundido en la lógica diabólica del abuso de autoridad y los crímenes sexuales. Si un sacerdote no hace experiencia a diario de que no es más que un instrumento, entonces corre el riesgo de embriagarse

¡Ha llegado el momento de arrancar a los cristianos del relativismo, ambiente que anestesia sus corazones y adormece el amor! A nuestra apatía ante las desviaciones doctrinales se añade la tibieza que se ha instalado entre nosotros.

con una sensación de poder. Si la vida de un sacerdote no es una vida consagrada, entonces corre el gran riesgo de engañarse y de desviarse.

El rostro de la Iglesia ha sido mancillado por el pecado de sus hijos. Pero hoy aparece de nuevo el verdadero rostro de la Iglesia: resplandece en esos sacerdotes valientes que asisten a los moribundos poniendo en peligro sus vidas, en esos sacerdotes que llevan a su pueblo en la oración silenciosa e íntima.

Los cristianos se han debilitado por su falta de fe. Algunos cristianos parece que quieren privarse de esta luz. Se obligan a mirar al mundo con ojos

secularizados. ¿Por qué? ¿Es un deseo de ser aceptados por el mundo? ¿Un deseo de ser como todo el mundo?

Me pregunto si, en el fondo, esta actitud no esconde simplemente el miedo que nos causa el negarnos a escuchar lo que Jesús mismo nos dijo: «Vosotros sois la sal de la tierra. [...] Vosotros sois la luz del mundo» (Mt 5, 13-14). ¡Qué responsabilidad! ¡Qué carga! Renunciar a ser la sal de la tierra es condenar al mundo a permanecer soso y sin gusto; renunciar a ser la luz del mundo es condenarlo a la oscuridad. ¡No somos nosotros los que tenemos que resolverlo!

¿Qué hay que hacer?

MUCHOS cristianos sienten repugnancia a testimoniar la fe o a llevar la luz al mundo. Nuestra fe es tibia, como un recuerdo que, poco a poco, se difumina. Se convierte en una bruma fría. Y entonces ya no nos atrevemos a afirmar que ella es la única luz del mundo. Y, sin embargo, no tenemos que ser testimonios de nosotros mismos, sino que testimoniamos a Dios que ha venido a nuestro encuentro y se ha revelado.

¡Ha llegado el momento de arrancar a los cristianos del relativismo, ambiente que anestesia sus corazones y adormece el amor! A nuestra apatía ante las desviaciones doctrinales se añade la tibieza que se ha instalado entre nosotros. No es extraño ver errores graves en la enseñanza de las universidades católicas, o en las publicaciones oficialmente cristianas. ¡Nadie reacciona! Estemos atentos, un día los

fieles nos pedirán cuentas. Nos acusarán ante Dios de haberles entregado a los lobos y haber desertado de nuestra tarea de pastores que defienden a sus rebaños.

Nuestra fe condiciona nuestro amor hacia Dios. Defender la fe es defender a los más débiles, los más humildes, permitiendo que amen a Dios de verdad. Está en juego la salvación de las

almas, de las nuestras y de las de nuestros hermanos. El día en que ya no ardamos de amor por nuestra fe, el mundo morirá de frío, puesto que estará privado de su bien más precioso.

¿Quién se alza hoy en día para anunciar a las ciudades de Occidente la fe que están esperando? ¿Quién se alza para anunciar el Evangelio a los musulmanes? Buscan la fe sin saberlo. Se convierten al islam porque Occidente les ofrece, como única religión, la sociedad de consumo. ¡No podemos llamarlos creyentes y vivir, en la práctica, como ateos!

La historia «sagrada» de las plagas

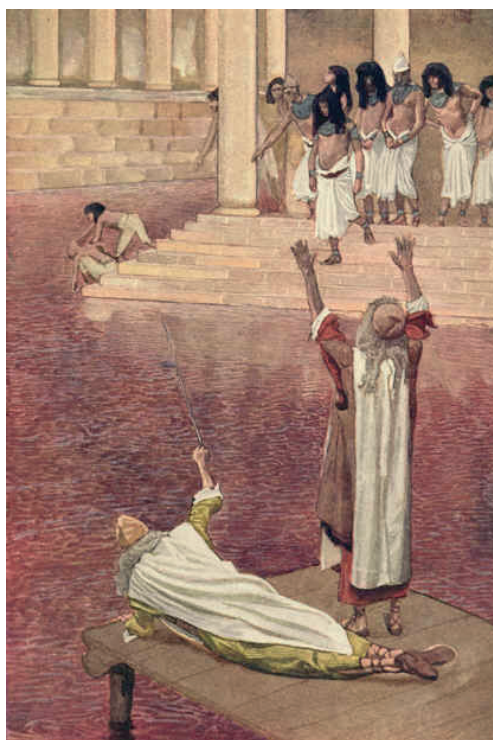
JOSÉ IGNACIO ORBE HNNSC

EL coronavirus se puede considerar ya como una plaga de las que hacen historia. Quizá no esté siendo tan extraordinaria en cuanto al número de fallecidos (si la ponemos en perspectiva hay otras grandes epidemias que le aventajan en tan funesto ranking) pero desde luego es la primera de las plagas que se dan en un mundo fuertemente globalizado. Por primera vez se mantiene confinados en sus hogares a millones de personas, por primera vez se ha parado casi de golpe la economía de todas las potencias mundiales con la consiguiente gran crisis y también se está generando un grado de control por los gobiernos sin precedentes. Veremos qué depararán estos síntomas en el futuro, por el momento nuestro interés se cierne ahora sobre el pasado.

Decimos que la historia es maestra de vida. En la «historia sagrada» el maestro es Dios mismo, por eso nuestro artículo trata de discernir con la luz de la revelación el sentido de las plagas en el plan providencial de Dios. Creemos firmemente que Dios es dueño de la historia, y que ningún acontecimiento histórico está fuera de sus manos. Meditar las plagas pasadas puede ayudarnos a entender el sentido de las presentes.

Como la historia de todas las cosas, la de las plagas comienza con **Adán** y aparece vinculada al pecado. ¿A qué nos referimos? La pérdida del don edénico de la inmortalidad: la muerte, la madre de todas las plagas. Después de su pecado primigenio Dios les impone unas penas como justo castigo de su culpa que acaban con el anuncio de la muerte «eres polvo y al polvo volverás» (Gén 3,19). Ciertamente, «Dios no hizo la muerte, ni se recrea en la destrucción de los vivientes, sino que todo lo creó para que subsistiera» (Sab 1, 13-14) sino que «el pecado entró en el mundo por un hombre, y por el pecado, la

muerte. Así la muerte pasó a todos los hombres, por cuanto todos pecaron.» (Rom 5,12). ¡Cuán elocuentes se nos revelan estas palabras ahora que la muerte nos es a todos tan cercana, que aparecen los ataúdes en los periódicos cada día! La ruptura de esa alianza primigenia que Dios hizo con Adán y Eva dejó sin embargo una puerta a la esperanza en la promesa de que la descendencia de la mujer pisaría la cabeza de la serpiente seductora. (Gen 3,15)



El agua se convierte en sangre, plagas de Egipto (J. Tissot)

Parecidas circunstancias podemos hallar en el contexto de la **Alianza con Noé**. «Hombre justo e íntegro entre sus contemporáneos» (Gén 6,9) cuando «la tierra estaba corrompida ante Dios y llena de violencia» (Gén 6,11). Por suerte «Noé obtuvo el favor del Señor» (Gén 6,8). En el texto sagrado se ve claramente que el diluvio tiene un carácter universal y penal. Es un castigo que Dios inflige por los pecados ¡tantos! de la humanidad. Al menos el episodio acaba bien: una vez finalizado el castigo, Dios establece nueva alianza con la familia de Noé y promete que no volverá a repetirse algo semejante. El arco en el cielo que aparece en las tormentas es signo de la promesa divina (Gén 9,12) ¡qué misterio que en nuestra secularizada sociedad el

símbolo del arco iris se haya puesto de nuevo en tantas ventanas con dibujos de niños, junto al mensaje de «Todo va a salir bien»! ¿Serán conscientes de las profundas raíces bíblicas de este símbolo?

Alianza rota, pecado humano, castigo divino, renovación y esperanza... parecidos elementos encontramos en otro episodio de muertes repentinas, la que se realiza **en tiempos de Abraham**, en las ciudades dadas a su hermano Lot: Sodoma y Gomorra cuyos «habitantes eran malvados y pecaban gravemente contra el Señor» (Gén 13,13). Después de sellar alianza con Abraham y de aparecerse en Mambré a su siervo, los ángeles del Señor se dirigen hacia

aquellas ciudades «el clamor contra Sodoma y Gomorra es fuerte y su pecado es grave: voy a bajar a ver si realmente sus acciones responden a la queja llegada a mí» (Gén 18,20) ¡Pobre Abraham! ¡tenía allí a su hermano! Con cuanta audacia se interpuso en el camino del Señor «¿Es que vas a destruir el inocente por el culpable? ¡Lejos de ti tal cosa! Matar al inocente con el culpable, de modo que la suerte del inocente sea como la del culpable, ¡lejos de ti! El juez de toda la tierra ¿no hará justicia?» (Gén 18,23.25) y empieza ese misterioso regateo-intercesión. Pero no había diez inocentes en la ciudad, y su pecado clamaba al Cielo ¡cuán reivindicado –y con orgullo– está este pecado en nuestro tiempo! «El Señor hizo

LA CRÓNICA QUE HACE EL ANTIGUO TESTAMENTO INSERTA LAS PESTES EN EL PLAN CON EL QUE DIOS GOBIERNA EL MUNDO Y LA HISTORIA

llover sobre Sodoma y Gomorra azufre y fuego desde el cielo» (Gén 19,24-25), pero la intercesión de Abraham no fue en valde: «cuando Dios destruyó las ciudades de la vega, se acordó de Abraham y sacó a Lot de la catástrofe, al arrasar las ciudades donde había vivido Lot» (Gén 19,29).

Nuevo capítulo en la historia de las Alianzas, de los pecados y de las pestes, cuando el pueblo de Israel era sometido en Egipto por el faraón, **Moisés** fue elegido por el Señor para guiar a su pueblo hacia el monte Santo para darle culto. «Pero el corazón del faraón se endureció y no les hizo caso» (Ex 7,13) y entonces vinieron nueve plagas, todas tuvieron la misma obstinación como respuesta por parte del faraón. La última: el ángel de la muerte mataría a los primogénitos egipcios, pero Israel sería liberado por la sangre del cordero pascual. Israel corre libre hacia el encuentro de Yavhé en la montaña, y allí sella de nuevo una Alianza con Dios. (Ex 19) Alianza lamentablemente rota incluso a las puertas de la tierra prometida. En un pecado de rebelión (Núm 14, 16), los israelitas murmuraban contra Dios «¡ojalá hubiéramos muerto en Egipto, o si no ojalá hubiéramos muerto en el desierto! ¿Porqué nos ha traído el Señor a esta tierra para que caigamos a espada, y nuestras mujeres e hijos caigan cautivos? ¿No es mejor volvernos a Egipto?» (Num 14,2-3). Dios va a responder: «Voy a herirlo de peste y a desheredarlo» (Núm 14,12) cuando Moisés se interpone de nuevo como intercesor «Se enterarán los egipcios de entre los cuales sacaste poderosamente a este pueblo» (Núm 14,13) dirán las naciones «el Señor no ha podido llevar a este pueblo a la tierra que les había prometido con juramento», por eso dice Moisés «muestra tu

gran fuerza» (Núm 14, 17) y «perdona la culpa de este pueblo por tu gran piedad» (Núm 14,19).

Pero no acaba aquí esta peculiar historia sagrada de las epidemias. Existen nuevos capítulos en el contexto de la alianza sellada con **el rey David y su descendencia**. De nuevo aparecen en relación con el pecado, esta vez con el que podríamos llamar «el otro pecado de David» ciertamente menos famoso, pero más devastador que el primero. «Satán se alzó contra Israel e instigó a David a hacer un censo de Israel» (1Cron 21,1) lo cual éste realizó contra el parecer de Dios y de sus consejeros (2Sam 24/1Cron 21). Cuando se dio cuenta de su culpa y pidió perdón al Señor, éste le envió una curiosa propuesta a través de

Gad su profeta: tres años de hambre, tres meses de guerra o tres días de peste. «¡Me encuentro en un gran apuro! Pero pongámonos en manos del Señor, cuya misericordia es inmensa y no en manos de los hombres. El Señor mandó la peste a Israel y murieron setenta mil israelitas» (1Cron 21,13-14). Da-

vid se puso a interceder por su pueblo «soy yo el que ha pecado, soy yo el que ha cometido el mal, ellos en cambio, ¿qué han hecho? Por favor, Señor, descarga tu mano sobre mí y sobre mi familia, pero no envíes la peste sobre tu pueblo» (1Cron 21,17). En efecto, David hizo bien en ponerse en las manos misericordiosas de Dios, «cuando el ángel estaba asolando Jerusalén Dios se arrepintió del castigo y dijo al ángel exterminador ¡Basta ya! ¡Retira tu mano!» (1Cron, 21,15). Y en el lugar exacto donde paró la peste, David decidió levantar el Templo del Señor.

La crónica que hace el Antiguo Testamento inserta las pestes en el plan con el que Dios gobierna el mundo y la historia. En ocasiones se vincula al pecado, ya sea con el pecado original, los pecados colectivos o pecados personales concretos, ya sean pecados de las «naciones» o de «Israel». Las plagas pueden tener un sentido de pena difícil de obviar, las pestes reportadas aparecen en el contexto de una alianza, rota pero recuperable. La epidemia (o el fenómeno análogo) es leída por los autores sagrados como un castigo por los pecados y un aviso que puede tener dos respuestas fundamentales: obstinación o arrepentimiento. Para la Biblia, las pestes –siendo todo lo mortales que son– están siempre bajo el control de Dios que por sus profetas denuncia la culpa que las origina y por sus intercesores las detiene antes de lo realmente merecido. Sin embargo, podríamos preguntarnos ¿qué novedad aporta la nueva y definitiva alianza en estas conexiones? ¿qué nuevas dimensiones nos trae Cristo respecto a este particular? ¿Qué añade el Nuevo Testamento?

En efecto, la novedad de Cristo es fundamental y esperanzadora: cuando Jesús se encontró al

ciego de nacimiento le preguntaron sus discípulos: «¿quién pecó, éste o sus padres para que naciera así?» (Jn 9,1) Pero Cristo reveló entonces una nueva dimensión para nuestras penalidades, «ni este ni sus padres, sino para que se manifiesten en él las obras de Dios» (Jn 9,3) Jesús rechaza el juicio acusatorio de sus discípulos y señala un nuevo sentido para las penalidades: que se manifieste la gloria de Dios. También podemos pensar en el episodio de la resurrección de Lázaro. Misteriosamente Jesús «cuando hubo recibido la noticia se quedó dónde estaba dos días más» (Jn 11,6) y dijo «La enfermedad de Lázaro no acabará en muerte. Al contrario, sucedió para la gloria de Dios, a fin de que el Hijo de Dios sea glorificado» (Jn 11, 4). Esto no impide que cuando llegó al lugar, Cristo se «conmovió en sus entrañas» (Jn 11,33) y «lloró» (Jn 11,35). Cristo llora con nosotros en nuestras dificultades, Él es nuestro amigo, pero las permite para nuestro bien «no te dije que si crees verás la gloria de Dios». (Jn 11,40) Este sentido del sufrimiento será plenamente revelado en la cruz, donde Jesús toma sobre sí todas nuestras penas y pecados y de su muerte sale el mayor bien de la historia de la salvación. Parece que Jesús no abole la ley antigua respecto al sentido de las plagas, sino que viene a darle plenitud. Él mismo nos avisa respecto a futuras «hambres, guerras y pestes» (Lc 21,10), primero nos dice «estad despiertos pidiendo que podáis escapar de todo lo que está por suceder y manteneos en pie ante el Hijo del Hombre» (Lc 21,36) pero también

y esto es lo más importante, nos añade «cuando esto empiece a suceder levantaos, alzad la cabeza, se acerca vuestra liberación» (Lc 21,28).

Así parece que lo entendió también

san Pablo, cuando advertía a los Corintios:

«no quiero que ignoréis, hermanos, que nuestros padres... la mayoría no agradaron a Dios, pues sus cuerpos quedaron tendidos en el desierto. Estas cosas sucedieron en figura para nosotros, para que no codiciemos el mal como lo codiciaron ellos. Y para que no seamos ídólatras como algunos de ellos. Y para que no forniquemos, como fornicaron algunos de ellos, y cayeron en un solo día 23.000. Y para que no tentemos a Cristo, como lo tentaron ellos y murieron, mordidos por las serpientes. Y para que no murmuréis, como murmuraron algunos de ellos, y perecieron a manos del Exterminador. Todo esto les sucedía alegóricamente y fue escrito para escarmiento nuestro, a quienes nos ha tocado vivir en la última de las edades. Por lo tanto, el que se crea seguro, cuídese de no caer.» (1Cor 10, 1-13)

Por otro lado y ahí está precisamente la novedad, también san Pablo exhorta a la esperanza en medio de la tribulación:

«los sufrimientos de ahora no pueden compararse con la gloria que un día se nos manifestará. La creación, expectante, está aguardando la manifestación de los hijos de Dios. En efecto, la creación fue sometida a la frustración, no por su voluntad, sino por aquel que la sometió, con la esperanza, de que la creación misma sería liberada de la esclavitud de la corrupción, para entrar en la gloriosa libertad de los hijos de Dios. Porque sabemos que hasta hoy toda la creación está gimiendo y sufre dolores de parto. Y no sólo eso, también nosotros que poseemos las primicias del Espíritu, gemimos en nuestro interior, aguardando la adopción filial, la redención de nuestro cuerpo. Pues hemos sido salvados en esperanza. Y a los que aman a Dios todo les sirve para el bien.» (Rom 8,18-28).

Parecida lección podríamos sacar del libro del **Apocalipsis**, cuando se consuma esta nueva Alianza, donde reaparece la tríada de la «guerra, hambre y peste» bajo la figura de tres jinetes de colores, pero precedidos de un jinete blanco, (en quien la Tradición ha vislumbrado a Cristo) (Ap 6). O las siete copas como plagas futuras con las que Dios herirá a la Babilonia pecadora y cuya respuesta será de nuevo maldición y blasfemia (Ap 16). Pero al final, triunfará la nueva Jerusalén bajada del cielo, en medio de cuya plaza «hay un árbol de vida que da doce

ESTE SENTIDO DEL SUFRIMIENTO SERÁ PLENAMENTE REVELADO EN LA CRUZ, DONDE JESÚS TOMA SOBRE SÍ TODAS NUESTRAS PENAS Y PECADOS Y DE SU MUERTE SALE EL MAYOR BIEN DE LA HISTORIA DE LA SALVACIÓN. PARECE QUE JESÚS NO ABOLE LA LEY ANTIGUA RESPECTO AL SENTIDO DE LAS PLAGAS, SINO QUE VIENE A DARLE PLENITUD

frutos, uno cada mes. Y las hojas del árbol sirven para la curación de las naciones» (Ap 22,2).

A la luz de la «historia sagrada de las plagas», cuyo sentido se nos revela en la Sagrada Escritura, pidamos a Dios que la pandemia presente sirva para movernos a todos a contrición por nuestros pecados, denuncia profética de las culpas de nuestra generación, y a intercesión cultural ante Dios Señor para que acorte el tiempo. Cristo sufre con nosotros y nos ayuda a llevar la cruz con Él. En medio de estas tareas mantengamos alta la esperanza, sabemos que Dios sacará bienes de los males. ¡*Maraná!*!

Las plagas traen miedo y aislamiento, pero la historia de la Iglesia muestra que hay remedios

«*Plagues bring fear and isolation, but Church history shows there are remedies*»,

THOMAS CHACKO, *The Catholic Herald*, 2 de abril de 2020

San Carlos Borromeo en la peste de Milán

Las iglesias católicas en el Reino Unido están ahora cerradas al público. Una situación que no tiene precedentes en los tiempos modernos, pero que no es la primera vez que ocurre en tiempos de plaga.

En el punto álgido de la peste de 1576-1577 en Milán, la ciudad impuso una cuarentena casi total. Sucedió el 29 de octubre y estaba prevista que durara hasta el día de santo Tomás (21 de diciembre), pero se prorrogó varias veces, siendo levantada completamente sólo en mayo del año siguiente. A los padres de familia se les permitió comprar provisiones, pero casi nadie más (excepto quienes se dedicaban a atender a los enfermos) podía salir de sus casas. Tanto si las iglesias estaban cerradas como si no, nadie podía ir a ellas.

Esto no significó que la Iglesia fuera indiferente a las necesidades espirituales de su pueblo. Como su biógrafo Giusano cuenta, el arzobispo de Milán, **san Carlos Borromeo**, mandó que se instalaran altares en las calles para que la gente pudiera ver la misa celebrada desde sus ventanas (el equivalente del siglo XVI a las actuales retransmisiones online). San Carlos consideraba imprescindible que durante la cuarentena la gente supiera que Dios

seguía estando con ellos, y él mismo estaba constantemente dando vueltas por la ciudad para que la gente pudiera llamarlo desde sus casas.

La popularidad de san Carlos se debió en gran parte a su comportamiento durante esa plaga: regresó inmediatamente a Milán incluso cuando los ciudadanos más ricos empezaron a huir. Los relatos de la época muestran cómo se tomó muy en serio

la necesidad de aislar tanto a los infectados como (por separado) a quienes habían estado expuestos, tomando en cuenta lo que la medicina de su tiempo aconsejaba. Disponemos del discurso que dirigió a los miembros de las órdenes religiosas pidiéndoles que se unieran a él para atender a quienes estaban aislados en los hospitales, ya que el clero secular no podía hacerlo para no tener que permanecer separados de quienes aún estaban sanos. Como estaba en contacto constante con los enfermos, practicó el distanciamiento social, evitando el contacto directo con quienes estaban sanos y colocando una reja

para dividir su sala de audiencias, para que los que le consultaran no se contagiaran de él. A quienes daban la comunión a los enfermos se les mandó que pusieran los dedos que habían usado en la llama de una vela inmediatamente después.



San Carlos Borromeo durante la peste en Milán

San Cipriano: el combate al miedo

COMO hoy en día, el colapso de la vida económica ordinaria llevó a muchos a caer en la desesperación: san Carlos dedicó mucha atención a la situación de los sirvientes y artesanos que de repente se quedaron sin trabajo, trasladando a muchos a un palacio vacío a unas millas de Milán y cortando sus tapices para hacer ropa de invierno para ellos: se dice que al final de la peste el palacio arzobispal estaba vacío de muebles y telas.

En su libro *Culturas de la peste*, Samuel Cohn describe cómo los escritores del siglo XVI vieron que el miedo causado por la peste fue mayor al provocado por cualquier otro desastre. Esto ocurre porque socava nuestra confianza en nuestros vecinos de una manera que las inundaciones, el fuego o la guerra no hacen: más que cualquier otra amenaza, una pandemia nos hace tener miedo los unos de los otros y en especial a aquellos que más sufren. «Perseguidos por la peste, los hombres se vuelven crueles... perdiendo toda su humanidad, las esposas llegaron a aborrecer y luego a abandonar a sus maridos... los amigos y la familia negándose a ayudarse unos a otros».

La necesidad de luchar contra esta actitud, de no dejar que el miedo se apodere de nosotros, se enfatiza en los primeros escritos cristianos acerca del tema, como en «*Sobre la mortalidad*» de **san Cipriano**, un sermón escrito a principios del año 250 d.C. cuando su ciudad, Cartago, (junto con gran parte del Imperio) fue golpeada por algo similar al ébola.

Escribe allí cómo la pandemia «revela la virtud de cada uno y examina el modo de actuar de todos, para ver si los que están sanos atienden a los enfermos; si los parientes aman afectuosamente a los suyos; si los amos se compadecen de sus sirvientes enfermos; si los médicos no abandonan a sus pacientes suplicantes; si los violentos reprimen su violencia...».

De igual modo, cuando san Carlos pidió ayuda a las órdenes religiosas de Milán, les dijo: «Aquí tenéis la oportunidad de demostrar vuestro título de religiosos, de llevar a cabo todos vuestros buenos deseos y resoluciones, de mostrar que os esforzáis por ser santos, porque es sobre todo por las obras de piedad y de misericordia que se debe mostrar la perfección...»

Les dejó claro que podían y debían tomar precauciones (que parece que tuvieron bastante éxito), y que había que hacer todo para intentar sobrevivir; pero les pedía que arriesgaran sus vidas junto con él.

La presencia visible de la Iglesia durante la peste en Milán se consideró importante para la salud espiritual del pueblo y para implorar la misericordia de Dios sobre la ciudad, pero también animó a la gente a no

entrar en pánico y a cumplir con las medidas de salud pública: los escritores de la época consideraban vital levantar el ánimo de los pobres y de los que estaban en cuarentena.

San Carlos autorizó procesiones públicas de pequeños grupos de magistrados y órdenes religiosas de modo que sólo estuvieran expuestos quienes ya estaban en estrecho contacto entre sí, pero de este modo la gente podía ver desde sus casas que la ciudad seguía activa en la oración y que sus funcionarios y clérigos no habían huido.

Durante la cuarentena, los sacerdotes iban de casa en casa para escuchar las confesiones a través de las puertas de entrada cerradas, sosteniendo un palo blan-

La presencia visible de la Iglesia durante la peste en Milán se consideró importante para la salud espiritual del pueblo y para implorar la misericordia de Dios sobre la ciudad, pero también animó a la gente a no entrar en pánico y a cumplir con las medidas de salud pública

co para medir la distancia a la que debían permanecer desde el umbral (una idea similar, tal vez, a la que estamos viendo en algunos lugares con sacerdotes que escuchan confesiones en los aparcamientos). Se distribuyeron libritos en todos los hogares al principio de la cuarentena con oraciones para decir a ciertas horas del día, cuando las campanas de la catedral sonaban, para que todos supieran que estaban rezando juntos.

Además de la cuestión práctica de cómo ayudar y proteger a los demás, los santos que vivieron aquella peste se enfrentaron a la pregunta de dónde estaban Cristo y sus promesas en aquella situación: ¿qué hacía Dios al permitir que sucediera todo aquello?

Cipriano le dice a su rebaño que no se sorprenda ni se alarme ante este tipo de desastre: Cristo nos había advertido que surgirían «guerras, hambrunas, pestes», pero que «cuando veáis que todo esto sucede, sabed que el Reino de Dios está cerca». Les dijo que no se sorprendieran si les tocaba sufrir igual que los paganos: «A algunos les perturba que esta mortalidad sea la misma entre nosotros y otros; y sin embargo, ¿qué hay en este mundo que no tengamos en común con ellos mientras continuemos en esta nuestra carne...? Cuando las rocas afiladas desgarran la nave, el naufragio es común sin excepción para todos los que navegan en ella; y la enfermedad de los ojos, y el ataque de las fiebres, y la debilidad de todos los miembros es común a nosotros con los otros, y esto sucederá mientras llevamos con nosotros nuestra carne común en nuestro caminar en el mundo».

El principal tema en el escrito de san Cipriano, sin embargo, es que como cristianos no deberíamos estar aterrorizados por la muerte, porque nuestra esperanza no está fundada en este mundo, que está llegando a su fin. C.S. Lewis respondió una vez a quien le preguntaba preocupado sobre el peligro de una guerra nuclear señalando que los cristianos siempre habían esperado que el mundo terminara en llamas. Nuestra esperanza está en Cristo y en la plenitud de la vida venidera, eso es lo que Él nos prometió y no una placentera seguridad durante nuestras vidas terrenales.

«Que las naciones sepan que no son más que hombres»

POR supuesto que todos nosotros, tanto en los países ricos como en los pobres, corremos constantemente el peligro de ver el cielo derrumbarse y el mundo terminar (tal como lo conocemos), golpeados por un suceso no previsto, un duelo, un arresto, una traición. Como escribió recientemente la escritora Eve Tushnet: «En todas las épocas el escatón ya está aquí; sólo que está distribuido de manera desigual». A lo que no estamos acostumbrados en Occidente es a que nos suceda a todos a la vez (algo que por el contrario es familiar en gran parte de África y Oriente Medio).

(...) Aunque es incómodo cuando lo contemplamos cara a cara, una de las formas en que los cristia-

nos (y sus antepasados judíos) han tratado de entender lo que Dios hace cuando permite que estas cosas sucedan es el lenguaje del juicio divino sobre una sociedad. Es una idea difícil porque tendemos a pensar en la justicia a nivel individual. Pero el juicio también significa revelar las cosas como realmente son, «que las naciones sepan que no son más que hombres»: dependientes, conectados entre sí, débiles, mortales. Una idea similar quizás a las exhortaciones de san Carlos Borromeo y de san Cipriano para que ayudemos a los enfermos: la peste pone a prueba nuestros buenos propósitos y revela cuánto nos importan realmente las necesidades y el sufrimiento de los demás, dándonos también la oportunidad de cambiar si no nos gusta lo que vemos en nosotros mismos.

Lo que esto no implica (y nunca lo ha hecho) es que las personas particulares que caen enfermas se lo merezcan, de la misma manera que Jeremías tampoco sugería que las personas particulares que morirían cuando Jerusalén fuera asediada eran las que tenían la culpa del estado en que se encontraba el reino de Judá. Como escribe Cipriano, los cristianos, para bien o para mal, no esperan escapar del destino común de su pueblo, sino que deben recordar que se espera de ellos que sirvan y consuelen al que sufre y que Cristo nos llama a no tener miedo; no porque lo que nos asusta no vaya a suceder realmente (pues puede muy bien suceder) sino porque nuestra esperanza está en algo más grande que en nuestro bienestar o incluso en nuestras vidas.

«La civilización que viene del Corazón de Cristo»

¿Qué podemos hacer en este momento? –Volver a Dios, lo primero de todo. ¿Cuáles son las causas del coronavirus? Yo no lo sé. Pero sí sé que Dios quiere sacar de esta situación mayores bienes para todos, y que a todos nos llama a una solidaridad profunda, la de compartir su cruz y convertirnos en fuente de vida eterna para los demás. ¿Tiene arreglo el mal en el mundo? –Sí, Cristo ha cambiado el curso de la historia con una sobredosis de amor. ¿Podemos contribuir cada uno de nosotros a cambiar el mundo? –Sí, con una gran dosis de solidaridad, de esa solidaridad que brota del Corazón de Cristo, que ama, que repara, que rinde un culto agradable al Padre en reparación por los pecados del mundo entero.

«Un corazón contrito y humillado» pedimos al Señor en esta cuaresma, en esta cuarentena. Volvamos a Dios, pidamos unos por otros, y con un corazón nuevo salgamos al encuentro de nuestros hermanos que sufren. Esta puede ser una ocasión de emprender para el mundo entero la civilización del amor, la que viene del Corazón de Cristo.

DEMETRIO FERNÁNDEZ, obispo de Córdoba, «Y Dios, ¿tiene algo que ver en esto?» 22/3/2020

Apóstoles del Corazón de Jesús ante la peste de Marsella (II)

JOSÉ JAVIER ECHAVE-SUSTAETA

«¡Cantemos, bebamos y comamos, porque mañana moriremos!»



Mons. de Belsunce durante la peste de Marsella. Nicolas Monsiau (1754-1837)

Ante el rebrote de la peste Mons. Belsunce convoca a las autoridades a un acto de consagración y reparación

PASADA la peste, los supervivientes quieren olvidarse deprisa de sus sufrimientos, y se entregan con pasión desbordada a sus más bajos instintos y a gozar sin límite de los placeres más sensuales. «Cantemos, comamos y bebamos, porque mañana moriremos» Multitud de viudos y viudas se apresuran en unirse de inmediato en nuevas nupcias, que el pueblo llama «bodas apestadas».

Monseñor Belsunce escribe a su amigo monseñor Languet: «El temor a la peste y a la muerte, y todos los horrores de los que habéis visto un fiel retrato, han tenido las pasiones cautivas. La cercanía de la liberación ha hecho cesar este temor, el dique se ha roto, y la inundación de ciertos crímenes es afrentosa, y creo es lo que tiene en suspenso las gracias que esperamos, y ello me hace temblar, pues quien es ca-

paz de ser malo ahora no se corregirá nunca, sin uno de esos milagros de la gracia que raramente llegan.»

El obispo no se equivocaba, y el primero de mayo de 1722 sobreviene de nuevo el pánico: la peste vuelve a hacer aparición. Los supervivientes de la epidemia de veinte meses antes, esta vez se consideraban ya definitivamente perdidos. Todo el que puede huye de la ciudad. Carruajes y carretas colapsan las salidas, y más de la mitad de la población escapa al campo.

No contaban con que Dios, que se compadece de las miserias de los hombres, les había concedido un pastor según su Corazón, que había aprendido de Sor Margarita María que la ingratitud y miseria de los pecadores no provocan su olvido y rechazo, sino que, por el contrario, urgen al divino Corazón a prodigar más aún su infinita misericordia. Monseñor Belsunce entendió que este rebrote de la peste iba a ser la ocasión de que las autoridades, que no habían querido sumarse a su anterior consagración al Co-

razón de Jesús de la ciudad y la diócesis, pudieran reparar su ausencia con un voto a perpetuidad de procesionar todos los años el día de la fiesta del Sagrado Corazón de Jesús.

Monseñor Belsunce reconocía: «desde que hicimos al Corazón de Jesús el solemne acto de reparación por los pecados que le han irritado tan justamente contra nosotros y nos consagramos a Él, instituyendo perpetuamente en la ciudad y diócesis de Marsella la fiesta de este Corazón adorable para reparación de sus pecados, empezamos a sentir los prontos y prodigiosos efectos de su bondad y misericordia... muy pronto cesó la peste y el temor se vio desterrado de en medio de nosotros.» Pero proseguía: «Apenas cesó el peligro, cuando se dejaron ver al descubierto nuevamente los pecados, y con menos pudor que nunca, el desarreglo vino a ser monstruoso, y la impiedad llegó a su colmo, y manos sacrílegas se atrevieron con sus pecados hasta ofender a nuestro divino Liberador en el Santísimo Sacramento...y volvió a empezar el contagio.»

Monseñor Enrique Francisco Xavier de Belsunce de Castelmoron

MONSEÑOR Belsunce conocía su designio revelado a su mensajera Margarita María de desbaratar los proyectos de Satanás y sus secuaces, estableciendo en el mundo el reinado de su amor, no sólo en el alma de los individuos aislados, sino también sobre los hombres reunidos en sus asociaciones y colectividades.

Sabía que el culto al Sagrado Corazón, que comienza con la consagración, ofreciéndole a Jesús nuestro amor en correspondencia al suyo, no se agota con ella, sino que exige también la reparación, mediante un acto de desagravio por su Amor ofendido por nuestros pecados, y que, si éstos son públicos, el desagravio debe ser también público, hecho no sólo por los ciudadanos como particulares, sino, especialmente en nombre de todos ellos, por las autoridades representantes de la comunidad. Así, el 28 de mayo el obispo tomó dos inspiradas decisiones.

Propuesta del obispo a las autoridades de la ciudad de Marsella

LA primera decisión de monseñor Belsunce, pese a las medidas gubernativas de aislamiento impuestas por la peste, fue convocar a los habitantes de la ciudad a dos solemnes procesiones: la tradicional de la festividad del Corpus Christi del 4 de junio, y la de la nueva fiesta del Corazón de Jesús, instaurada por él dos años antes,

para el viernes siguiente a su octava, el día 12, invitando a los marsellese a arrepentirse de sus pecados y a confiar sólo en la misericordia de Dios.

La segunda fue la de escribir a los escabinos de la ciudad en estos términos:

«Las precauciones que el Sr. Gobernador y Uds. toman para detener el progreso de la peste son dignas del celo y la sabiduría de los verdaderos padres de la Patria, pero sabéis que vuestros trabajos, cuidados y desvelos resultarán inútiles si Dios mismo no se digna bendecirlos. Vengo hoy a exhortaros a comenzar con un acto de religión que sea capaz de desarmar el brazo que parece elevarse de nuevo contra nosotros.»

Les recuerda como a la anterior consagración de la ciudad al Corazón de Jesús, — hecha dos años antes en el auge del primer brote de la epidemia, — no quisieron asistir los representantes del poder político, y tuvo que hacerla él solo como pastor de los fieles:

«Recordareis que el día de Todos los santos de 1720 consagré la ciudad y su diócesis al Sagrado Corazón de Jesús, fuente inagotable de todas las gracias y misericordias, y que desde ese mismo día nuestros males disminuyeron continuamente; pero debéis también acordaros de que los regidores no fuisteis del parecer de uniros a estas santas ceremonias en honor de Jesucristo, nuestro libertador.»

Por ello ahora requiere la presencia de las autoridades de Marsella en su renovación de la consagración de la ciudad al Corazón de Jesús, pero además, como desagravio por su anterior ausencia, y como prenda de confianza en la misericordia del divino Corazón, les exige un compromiso público, un acto de reparación por los pecados del pueblo, causantes de los actuales males, por lo que, como autoridades de Marsella, les ruega:

«Para reparar esto creo mi deber proponeros hacer un voto estable al divino Corazón de Jesús por el que os comprometierais a perpetuidad, por vosotros y por vuestros sucesores, a ir todos los años, en el día en que he fijado para la fiesta del Sagrado Corazón de Jesús, a oír la Santa Misa y comulgar en la iglesia del primer monasterio de la Visitación, que llamamos de las grandes Marías, y ofrecer un cirio de cera blanca para que arda ante el Santísimo Sacramento en reparación de los crímenes de esta ciudad, y finalmente a asistir por la tarde de ese día a una solemne procesión de acción de gracias, que estableceré por un cierto número de años a vuestra petición. Tengo verdadera confianza que ese voto hará cesar nuestros males. Os suplico, señores, que no rechacéis esta petición, sino que la recibáis con entera confianza en la misericordia del Salvador, de la que ya hemos sentido sus efectos tan marcados, y que no difiráis su ejecución. Vuestro

muy humilde y obediente servidor. Enrique, obispo de Marsella.

»Somos conscientes de que todos los esfuerzos de los hombres son vanos contra los progresos de la peste, y que el azote de la cólera de Dios no puede detenerse más que con actos de religión, implorando el tesoro de sus misericordias... ¿A quién podremos acudir en auxilio sino al Sagrado Corazón de Jesús, que es la fuente inagotable de misericordias y gracias al que la ciudad ha sido consagrada?»

Reunidos, los escabinos de la ciudad, manifiestan:

«Hemos procedido a la lectura de la carta que el Sr. Obispo se ha dignado escribirnos, y somos conscientes de que todos los esfuerzos de los hombres son vanos contra los progresos de la peste, y que el azote de la cólera de Dios no puede detenerse más que con actos de religión, implorando el tesoro de sus misericordias.... Como el Sr. Obispo nos cita en su carta, todos vimos como desde el día de la consagración que él hizo de esta ciudad al Sagrado Corazón de Jesús el mal bajó continuadamente hasta el fin...

Hoy nuestros pecados, al parecer, han irritado de nuevo la cólera del Señor, y este mal ha comenzado a rebrotar en esta ciudad y sus alrededores, y, habiendo hecho todo lo que la prudencia humana puede imaginar para atajarlo, aún continúa, e incluso parece progresar. ¿A quién podremos acudir en auxilio sino al Sagrado Corazón de Jesús, que es la fuente inagotable de misericordias y gracias al que la ciudad ha sido consagrada? La confianza que el Sr. Obispo nos demuestra tener de que obtendremos el cese del mal por el Voto que nos propone, debe excitar la nuestra, sobre todo contando con las oraciones de este piadoso y santo prelado».

Dicen las actas que el 4 de junio de 1722, fiesta del Corpus Christi, los cuatro escabinos, vestidos de sus ropajes encarnados, comparecieron en la catedral para asistir a la procesión del Santísimo Sacramento, y habiéndose puesto de rodillas ante el Sr. Obispo, que tenía el Santísimo Sacramento en sus manos, el primer regidor pronunció voto firme e irrevocable, por sí y por sus sucesores a perpetuidad, de ir todos los años en el día de la fiesta del Corazón de Jesús a oír la santa misa en la iglesia de la Visitación, comulgar en ella y ofrecer en reparación de los crímenes cometidos en esta ciudad, que han traído sobre sí la ira del Señor, un cirio de cera blanca de cuatro libras, adornado con el escudo de la ciudad, para que arda este día delante del Santísimo Sacramento, y asistir por la tarde a la procesión en acción de gracias, que pedían al Sr. Obispo que la estableciera también a perpetuidad.

El obispo recogió de su mano el documento en que así constaba, y lo aprobó y aceptó públicamente, para que se cumpliera en adelante perpetuamente según su forma y tenor, y renovó junto con los regi-

dores la consagración perpetua de la ciudad y su diócesis al Sagrado Corazón de Jesús, haciendo luego la procesión del Santísimo Sacramento por la ciudad. Comenzaron todos ese día la novena al divino Corazón, y a los ocho días, fieles y autoridades civiles y eclesiásticas, celebraban la fiesta del Corazón de Jesús en la catedral de un modo tan solemne como memorable.

«Marsella debe hoy su salud sólo a la bondad infinita de su Corazón»

EL voto se hizo el 4 de junio, y de inmediato la epidemia comenzó a ceder. Dos meses después el obispo recordaba a sus diocesanos:

«El adorable Corazón se compadeció de nosotros, la ira del Señor pareció que había amansado con las lágrimas y fervorosos ardores de un pueblo humillado, nuestro votos fueron oídos del Señor, y desde este tiempo el número de los enfermos y muertos de peste o indiciados de haberla contraído, se disminuyó sensiblemente, y al presente gozamos ya de una salud tan perfecta, que casi no tenemos en Marsella, tiempo ha, ni muertos ni enfermos de enfermedad alguna, como tampoco en su territorio.

»Marsella debe hoy su salud sólo a Dios, soberano árbitro de la salud y la enfermedad, de la vida y de la muerte, que la ha concedido por la bondad infinita de su Corazón y el poder de su nombre, que reduce a polvo cuando quiere y en un instante las ciudades más florecientes, y dispone a su gusto de todas las naciones del mundo y de los reyes que las gobiernan, que desconcierta y echa por tierra los planes de los presuntuosos y soberbios, y que da feliz éxito a las medidas que el Señor mismo inspira a las personas que sólo en Él confían... Démonos, pues, prisa, ministros de Dios vivo, a dar justas acciones de gracias al Sagrado Corazón de Jesús, nuestro libertador.

»Publicad hasta los confines de la tierra que debéis vuestra salud sólo al Sagrado Corazón de Jesús, y que sólo hay que esperar de Él la fortaleza y el consuelo en todas las tribulaciones.

»Por fin, mis amadísimos hermanos, se acabaron nuestros temores y sustos, no hay la menor apariencia de contagio en esta ciudad ni en su territorio, todas las enfermedades de cualquier clase han cesado tiempo ha, y la sanidad es tan constante y perfecta, que los más incrédulos deben estar como forzados a reconocer en esto los efectos del poder y la misericordia infinita del Sagrado Corazón de Jesús, lleno siempre de piedad y compasión para con los hombres, aun pecadores e ingratos...

»El Corazón adorable de nuestro Salvador “ha hecho grandes cosas en favor de este pueblo”, que le está solemnemente consagrado. La memoria de estos prodigios quede grabada siempre en vuestro espíritu y en vuestros corazones: “contadlo muchas veces a vuestros hijos, vuestros hijos lo cuenten a los suyos,

y éstos a las generaciones siguientes”, y la memoria pase a los siglos futuros.

Haced saber vuestro reconocimiento para con el Señor, y publicad hasta los confines de la tierra la gloria de vuestro Libertador, anunciadles que es al Sagrado Corazón a quien sólo debéis vuestra salud y de quien sólo deben ellos esperar también su fortaleza y su consuelo en todas sus tribulaciones... Y como jamás podremos mostrar nuestro justo reconocimiento a este adorable Corazón, ordenamos se haga otra solemne novena al Corazón divino en el primer Monasterio de la Visitación en el que está fundada la Congregación del Sagrado Corazón de Jesús... El Corazón del Salvador de todos los hombres, a quien nos hemos consagrado, se ha movido a compasión de nuestros males, y tenemos nuestra confianza en que el mismo Sagrado Corazón también se compadecerá por las públicas muestras de nuestro reconocimiento, y, estando amansada su justicia por la conversión sincera de los pecadores, no tendremos nada que temer en adelante.» (21 de septiembre de 1722)

Monseñor Belsunce dispone que la procesión del Corazón de Jesús se haga en Marsella como acto de reparación todos los años el día de su fiesta: «Óiganlo con admiración las naciones de la tierra, y sepan como en el divino Corazón han de hallar su refugio, consuelo y esperanza en los días de aflicción» (1 de mayo de 1723).

Monseñor Belsunce recuerda como:

«Llenos de una entera confianza en la bondad del Corazón adorable de Jesús, recurrimos por segunda vez al Corazón divino. Vuestros dignos regidores, animados del mismo espíritu, hicieron un voto estable y solemne: todo el pueblo, humillado bajo la poderosa mano de Dios, con ayunos y lágrimas, arrojó sus gemidos y clamores al Salvador de los hombres todos, y al instante cesó el contagio por segunda vez y se volvió a la seguridad y a la calma para siempre...

Es, pues, muy justo, que celebremos en adelante la fiesta del Sagrado Corazón de Jesús, fiesta de reparación y de repetido reconocimiento... Con este fin el año pasado, en ejecución del voto solemne de nuestros piadosos magistrados que acabamos de recibir, fundamos para siempre una procesión general, que se hará en adelante todos los años en la ciudad de Marsella en acción de gracias el día de la fiesta del adorable Corazón de Jesús. En ella se hará acto de reparación honorífica, y se renovará la consagración al Sagrado Corazón

de Jesús que hicimos ante el Santísimo Sacramento en el altar elevado en su fiesta en 1721, consagración que debe renovarse en adelante cada año el día de la fiesta del Sagrado Corazón en todas las parroquias, iglesias y capillas de esta diócesis de Marsella.»

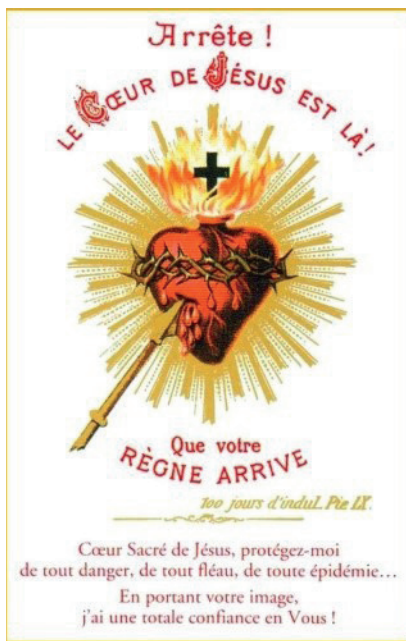
Monseñor Enrique Belsunce murió a los 84 años en 1755. En el monumento que en su día la ciudad agradecida le erigió, se puede leer hoy ante la puerta principal de la Catedral vieja de Marsella: «A Monseñor de Belsunce para perpetuar el recuerdo de su caridad y de su abnegado voto durante la peste que asoló Marsella en 1720»

A tan justa dedicatoria nosotros añadiríamos: «Al primer obispo en la historia de la Iglesia que llevó a la práctica la consagración y la reparación al Corazón de Jesús, tanto en su aspecto individual como social», pues no sólo consagró su diócesis al divino Corazón de Jesús, sino que requirió a los magistrados de su ciudad a un acto de pública reparación por los pecados del pueblo al que representaban, y con ello logró que la misericordia del divino Corazón decretara el inmediato cese de la peste.

A los treinta años de la muerte de santa Margarita María, monseñor Belsunce anticipaba en dos siglos lo que pediría Pío XI a toda la Iglesia: poner en el Corazón de Jesús todas nuestras esperanzas.

La Venerable Ana Magdalena Rémuzat, escogida por el Corazón de Jesús para transmitir a Monseñor Belsunce el mensaje de que debía establecer su fiesta en la diócesis, y que debía consagrarle la ciudad de Marsella para que cesara la peste, moría en 1730 a sus 33 años. Su corazón reposa en la basílica del Sagrado Corazón de la ciudad.

Su proceso de beatificación comenzó en 1891 y fue reanudado en 1921, pero sin éxito, pues la documentación de los milagros había sido destruida. Se inició por tercera vez en 2009, nombrando el arzobispo de Marsella Monseñor Georges Pontier, nuevo postulador al padre Jean-Pierre Ellul, rector de la basílica del Sagrado Corazón. La fase diocesana se cerró en 2015, y el proceso se halla en la Congregación para las Causas de los Santos, en Roma. Invoquemos confiadamente la intercesión de ambos poderosos apóstoles del Corazón de Jesús en nuestra actual aflicción, que empieza a semejarse a la suya.



«¿Por qué tenéis miedo?»

Homilía del papa Francisco anterior a la bendición urbi et orbi.

Momento extraordinario de oración en tiempo de epidemia (26 de marzo de 2020)

AL atardecer» (Mc 4,35). Así comienza el Evangelio que hemos escuchado. Desde hace algunas semanas parece que todo se ha oscurecido. Densas tinieblas han cubierto nuestras plazas, calles y ciudades; se fueron adueñando de nuestras vidas llenando todo de un silencio que ensordece y un vacío desolador que paraliza todo a su paso: se palpita en el aire, se siente en los gestos, lo dicen las miradas. Nos encontramos asustados y perdidos. Al igual que a los discípulos del Evangelio, nos sorprendió una tormenta inesperada y furiosa. Nos dimos cuenta de que estábamos en la misma barca, todos frágiles y desorientados; pero, al mismo tiempo, importantes y necesarios, todos llamados a remar juntos, todos necesitados de confortarnos mutuamente. En esta barca estamos todos. Como esos discípulos, que hablan con una única voz y con angustia dicen: «perecemos» (cf. v. 38), también nosotros descubrimos que no podemos seguir cada uno por nuestra cuenta, sino sólo juntos.

Es fácil identificarnos con esta historia, lo difícil es entender la actitud de Jesús. Mientras los discípulos, lógicamente, estaban alarmados y desesperados, Él permanecía en popa, precisamente en la parte de la barca que primero se hunde. Y, ¿qué hace? A pesar del ajeteo y el bullicio, dormía tranquilo, confiado en el Padre —es la única vez en el Evangelio que Jesús aparece durmiendo—. Después de que lo despertaran

y que calmara el viento y las aguas, se dirigió a los discípulos con un tono de reproche: «¿Por qué tenéis miedo? ¿Aún no tenéis fe?» (v. 40).

Tratemos de entenderlo. ¿En qué consiste la falta de fe de los discípulos que se contraponen a la confianza de Jesús? Ellos

no habían dejado de creer en Él; de hecho, lo invocaron. Pero veamos cómo lo invocan: «Maestro, ¿no te importa que perezcamos?» (v. 38). No te importa: pensaron que Jesús se desinteresaba de ellos, que no les prestaba atención. Entre nosotros, en nuestras familias, lo que más duele es cuando escuchamos decir: «¿Es que no te importo?». Es una frase que lastima y desata tormentas en el corazón. También habrá sacudido a Jesús, porque a Él le importamos más que a nadie. De hecho, una vez invocado, salva a sus discípulos desconfiados.

La tempestad desmascara nuestra

vulnerabilidad y deja al descubierto esas falsas y superfluas seguridades con las que habíamos construido nuestras agendas, nuestros proyectos, rutinas y prioridades. Nos muestra cómo habíamos dejado dormido y abandonado lo que alimenta, sostiene y da fuerza a nuestra vida y a nuestra comunidad. La tempestad pone al descubierto todos los intentos de encajonar y olvidar lo que nutrió el alma de nuestros pueblos; todas esas tentativas de anestesiar con aparentes rutinas «salvadoras», incapaces de apelar a nuestras raíces y evocar la memoria de nuestros



Tormenta en el mar de Galilea Rembrandt, h. 1633

ancianos, privándonos así de la inmunidad necesaria para hacerle frente a la adversidad.

Con la tempestad, se cayó el maquillaje de esos estereotipos con los que disfrazábamos nuestros egos siempre pretenciosos de querer aparentar; y dejó al descubierto, una vez más, esa (bendita) pertenencia común de la que no podemos ni queremos evadirnos; esa pertenencia de hermanos.

«¿Por qué tenéis miedo? ¿Aún no tenéis fe?». Señor, esta tarde tu Palabra nos interpela, se dirige a todos. En nuestro mundo, que tú amas más que nosotros, hemos avanzado rápidamente, sintiéndonos fuertes y capaces de todo. Codiciosos de ganancias, nos hemos dejado absorber por lo material y trastornar por la prisa. No nos hemos detenido ante tus llamadas, no nos hemos despertado ante guerras e injusticias del mundo, no hemos escuchado el grito de los pobres y de nuestro planeta gravemente enfermo. Hemos continuado imperturbables, pensando en mantenernos siempre sanos en un mundo enfermo. Ahora, mientras estamos en mares agitados, te suplicamos: «Despierta, Señor».

«¿Por qué tenéis miedo? ¿Aún no tenéis fe?». Señor, nos diriges una llamada, una llamada a la fe. Que no es tanto creer que tú existes, sino ir hacia ti y confiar en ti. En esta Cuaresma resuena tu llamada urgente: «Convertíos», «volved a mí de todo

«Necesitamos al Señor como los antiguos marineros las estrellas. Invitemos a Jesús a la barca de nuestra vida. Entreguémosle nuestros temores, para que los venza»

corazón» (Jl 2, 12). Nos llamas a tomar este tiempo de prueba como un momento de elección. No es el momento de tu juicio, sino de nuestro juicio: el tiempo para elegir entre lo que cuenta verdaderamente y lo que pasa, para separar lo que es necesario de lo que no lo es. Es el tiempo de restablecer el rumbo de la vida hacia ti, Señor, y hacia los demás. Y podemos mirar a tantos compañeros de viaje que son ejemplares, pues, ante el miedo, han reaccionado dando la propia vida. Es la fuerza operante del Espíritu derramada y plasmada en valientes y generosas entregas. Es la vida del Espíritu capaz de rescatar, valorar y mostrar cómo nuestras vidas están tejidas y sostenidas por personas comunes –corrientemente olvidadas– que no aparecen en portadas de diarios y de revistas, ni en las grandes pasarelas del último show pero, sin lugar a dudas, están escribiendo hoy los acontecimientos decisivos de nuestra historia: médicos, enfermeros y enfermeras, encargados

de reponer los productos en los supermercados, limpiadoras, cuidadoras, transportistas, fuerzas de seguridad, voluntarios, sacerdotes, religiosas y tantos pero tantos otros que comprendieron que nadie se salva solo. Frente al sufrimiento, donde se mide el verdadero desarrollo de nuestros pueblos, descubrimos y experimentamos la oración sacerdotal de Jesús: «Que todos sean uno» (Jn 17,21). Cuánta gente cada día demuestra paciencia e infunde esperanza, cuidándose de no sembrar pánico sino corresponsabilidad. Cuántos padres, madres, abuelos y abuelas, docentes, muestran a nuestros niños, con gestos pequeños y cotidianos, cómo enfrenar y transitar una crisis readaptando rutinas, levantando miradas e impulsando la oración. Cuántas personas rezan, ofrecen e interceden por el bien de todos. La oración y el servicio silencioso son nuestras armas vencedoras.

«¿Por qué tenéis miedo? ¿Aún no tenéis fe?». El comienzo de la fe es saber que necesitamos la salvación. No somos autosuficientes; solos, solos, nos hundimos. Necesitamos al Señor como los antiguos marineros las estrellas. Invitemos a Jesús a la barca de nuestra vida. Entreguémosle nuestros temores, para que los venza. Al igual que los discípulos, experimentaremos que, con Él a bordo, no se naufraga. Porque esta es la fuerza de Dios: convertir en algo bueno todo lo que nos sucede, incluso lo malo. Él trae serenidad en nuestras tormentas, porque con Dios la vida nunca muere.

El Señor nos interpela y, en medio de nuestra tormenta, nos invita a despertar y a activar esa solidaridad y esperanza capaz de dar solidez, contención y sentido a estas horas donde todo parece naufragar. El Señor se despierta para despertar y avivar nuestra fe pascual. Tenemos un ancla: en su cruz hemos sido salvados. Tenemos un timón: en su cruz hemos sido rescatados. Tenemos una esperanza: en su cruz hemos sido sanados y abrazados para que nadie ni nada nos separe de su amor redentor. En medio del aislamiento donde estamos sufriendo la falta de los afectos y de los encuentros, experimentando la carencia de tantas cosas, escuchemos una vez más el anuncio que nos salva: ha resucitado y vive a nuestro lado. El Señor nos interpela desde su cruz a reencontrar la vida que nos espera, a mirar a aquellos que nos reclaman, a potenciar, reconocer e incentivar la gracia que nos habita. No apaguemos la llama humeante (cf. Is 42,3), que nunca enferma, y dejemos que reavive la esperanza.

Abrazar su cruz es animarse a abrazar todas las contrariedades del tiempo presente, abandonando por un instante nuestro afán de omnipotencia y posesión para darle espacio a la creatividad que sólo el Espíritu es capaz de suscitar. Es animarse a mo-

tivar espacios donde todos puedan sentirse convocados y permitir nuevas formas de hospitalidad, de fraternidad y de solidaridad. En su cruz hemos sido salvados para hospedar la esperanza y dejar que sea ella quien fortalezca y sostenga todas las medidas y caminos posibles que nos ayuden a cuidarnos y a cuidar. Abrazar al Señor para abrazar la esperanza. Esta es la fuerza de la fe, que libera del miedo y da esperanza.

«¿Por qué tenéis miedo? ¿Aún no tenéis fe?». Queridos hermanos y hermanas: Desde este lugar, que narra la fe pétrea de Pedro, esta tarde me gusta-

ría confiarlos a todos al Señor, a través de la intercesión de la Virgen, salud de su pueblo, estrella del mar tempestuoso. Desde esta columnata que abraza a Roma y al mundo, descienda sobre vosotros, como un abrazo consolador, la bendición de Dios. Señor, bendice al mundo, da salud a los cuerpos y consuela los corazones. Nos pides que no sintamos temor. Pero nuestra fe es débil y tenemos miedo. Mas tú, Señor, no nos abandones a merced de la tormenta. Repites de nuevo: «No tengáis miedo» (Mt 28, 5). Y nosotros, junto con Pedro, «descargamos en ti todo nuestro agobio, porque tú nos cuidas» (cf. 1 Pe 5,7).

II. EXPOSICIÓN, ADORACIÓN Y BENDICIÓN EUCARÍSTICA

Súplica litánica

Te adoramos, Oh Señor

Verdadero Dios y verdadero hombre, realmente presente en este Santo Sacramento

-Te adoramos, Oh Señor.

Nuestro Salvador, Dios con Nosotros, fiel y rico en Misericordia

-Te adoramos, Oh Señor.

Rey y Señor de la Creación y de la Historia

-Te adoramos, Oh Señor.

Vencedor del Pecado y de la muerte

-Te adoramos, Oh Señor.

Amigo del hombre, Resucitado y vivo a la derecha del Padre

-Te adoramos, Oh Señor.

Creemos en Ti, Oh Señor

Hijo Unigénito del Padre, descendido del Cielo para nuestra Salvación

-Creemos en Ti, Oh Señor

Medico Celeste, que te inclinas sobre nuestra miseria

-Creemos en Ti, Oh Señor

Cordero Inmolado, que te ofreces para rescatarnos del mal

-Creemos en Ti, Oh Señor

Buen Pastor, que das la vida por el rebaño que amas

-Creemos en Ti, Oh Señor

Pan Vivo y Medicina de la Inmortalidad, que nos das la Vida Eterna

-Creemos en Ti, Oh Señor

Libéranos, Oh Señor

Del poder de Satanás y de la Seducción del mundo

- Libéranos, Oh Señor

Del Orgullo y de la presunción del poder prescindir de Ti.

- Libéranos, Oh Señor

De los engaños del miedo y de la angustia

- Libéranos, Oh Señor

De la Incredulidad y de la Desesperación

- Libéranos, Oh Señor

De la dureza del corazón y de la incapacidad de amar

- Libéranos, Oh Señor

Sálvanos, Oh Señor

De todos los males que afligen a la humanidad

-Sálvanos, Oh Señor

Del hambre, de la carestía y del egoísmo

-Sálvanos, Oh Señor
De la enfermedad, de la epidemia y del miedo
al hermano
-Sálvanos, Oh Señor
De locura devastadora, de intereses despiada-
dos y de la violencia
-Sálvanos, Oh Señor
Del engaño, de la mala información y de la
manipulación de las conciencias.
-Sálvanos, Oh Señor

Consuélanos, Oh Señor

Mira a tu Iglesia, que atraviesa el desierto
- Consuélanos, Oh Señor
Mira a la humanidad, aterrorizada por el mie-
do y la angustia.
- Consuélanos, Oh Señor
Mira a los enfermos y moribundos, oprimidos
por la soledad.
-Consuélanos, Oh Señor
Mira a los médicos y a los operarios sanita-
rios, afectados por la fatiga
- Consuélanos, Oh Señor
Mira a los políticos y administradores, que
tienen el peso de las decisiones.
- Consuélanos, Oh Señor

Danos tu Espíritu Señor

En la hora de la prueba y la pérdida.
- Danos tu Espíritu Señor
En la Tentación y en la Fragilidad
- Danos tu Espíritu Señor
En el combate contra el malo y el pecado
- Danos tu Espíritu Señor
En la búsqueda del verdadero bien y la ver-
dadera alegría
- Danos tu Espíritu Señor
En la decisión de permanecer en ti y en tu
amistad
- Danos tu Espíritu Señor

Ábrenos a la Esperanza

Si el pecado nos oprime
-Ábrenos a la Esperanza
Si el odio cierra nuestros corazones
-Ábrenos a la Esperanza
Si el dolor nos visita
-Ábrenos a la Esperanza
Si la indiferencia nos angustia
-Ábrenos a la Esperanza
Si la muerte nos aniquila
-Ábrenos a la Esperanza



Excepcional bendición «urbe et orbi» del papa Francisco del día 17 de marzo de 2020

Reflexiones en torno a la pandemia

EMILI BORONAT

La fragilidad de la condición humana: ante la incertidumbre que acecha, tal vez no ha habido experiencia semejante en un par de generaciones o más, puede que aquellas que vivieron bajo la persecución religiosa de los años treinta en España, pero nuestras referencias emocionales nos hacen pensar en las epidemias de tiempos que creíamos superados. Pasará el tiempo para que descubramos la verdadera dimensión demográfica y humana de esta pandemia y de sus consecuencias en todos los órdenes, tras lo que no vemos o se nos oculta.

En todo caso pocas veces nos habíamos sentido de un modo personal y colectivo tan amenazados e indefensos y, por lo tanto, tan en manos de Dios.

La falsedad del mito del progreso: la historia puede conocer avances y retrocesos, ascensos y caídas, porque no es una fuerza imparable la que la mueve en una única dirección de bien y felicidad, sino que todo cuanto acontece se da en una tensión entre «el amor a Dios hasta el desprecio del hombre y el amor al hombre hasta el desprecio de Dios». Hemos visto hundirse y desaparecer, no sin causar inmensos sufrimientos, imperios, proyectos políticos y sociales de mesiánica redención. El orden presente sigue el mismo camino. El mundo moderno está instalado en un acrecentamiento de ese amor autocomplaciente que, en el adormecimiento de los espíritus, esconde tras el bienestar una soberbia demoníaca que desprecia a Dios.

El único progreso verdadero es consecuencia del amor a Dios y al prójimo, de la confianza en los designios redentores de la Providencia. Decidido y entregado a ese Amor el hombre no sólo apuesta su libertad, sino que la acrecienta: he aquí la verdadera libertad del alma y de los pueblos.

La quiebra de la confianza en el estado científico-técnico de bienestar y salud, el aumento de la inseguridad y la indefensión: se pone de manifiesto la imposibilidad de una previsión absoluta, la impotencia organizativa y moral de los estados, el abandono de los débiles a su propia suerte, en una modalidad de eutanasia encubierta sobre la generación que más ha contribuido al desarrollo material

y social contemporáneo, primando el criterio del coste-beneficio en la administración de tratamientos (¿y por qué no ya de cualquier prestación futura?). A pesar de las muestras de caridad heroica de tantos, siempre ocultas a los ojos y a los planes de los poderosos del mundo, un clima de distanciamiento y de desconfianza va a presidir las relaciones sociales: individuos frente a individuos, grupos frente a grupos, estados frente a estados, en un escenario de lucha por la supervivencia, por la defensa de la seguridad. La anomía y la quiebra social, que se iba fraguando por la revolución y el pecado moderno, se van a manifestar con una crudeza cada vez más manifiesta e incontrolable, en una atmósfera de miedo, resentimiento y egoísmo individual y colectivo.

Son tiempos, como todos, pero estos de cambio de época en especial, para vivir en la verdadera confianza de las promesas del amor misericordioso del Corazón de Cristo, en una infancia espiritual penetrada de alegría porque se pone de manifiesto la

SON TIEMPOS, COMO TODOS, PERO ESTOS DE CAMBIO DE ÉPOCA EN ESPECIAL, PARA VIVIR EN LA VERDADERA CONFIANZA EN LAS PROMESAS DEL AMOR MISERICORDIOSO DEL CORAZÓN DE CRISTO

fuerza de quien sostiene con sus manos los destinos del Mundo. Sólo por esa caridad los hombres descubrirán la seguridad de la Casa fundada sobre la roca.

Hacia un Estado despótico universal: La apelación a un poder mundial, a una gobernanza universal, como ilusorio proyecto para superar la inseguridad emerge con una fuerza renovada. Va a amenazar a pueblos y países considerados descontrolados para la seguridad internacional, pero también perseguirá planteamientos morales y religiosos descontrolados. El aumento de la conflictividad social e internacional servirá de justificación a ese poder universal: será deseado por el miedo de los individuos y reclamado contra la inseguridad y para limar las crecientes tensiones entre estados y naciones. Su promesa será la paz y la seguridad. Su medio, el control y la ingeniería sociales para modelar entendimientos y voluntades, afectos y modos de vida a ese nuevo poder,

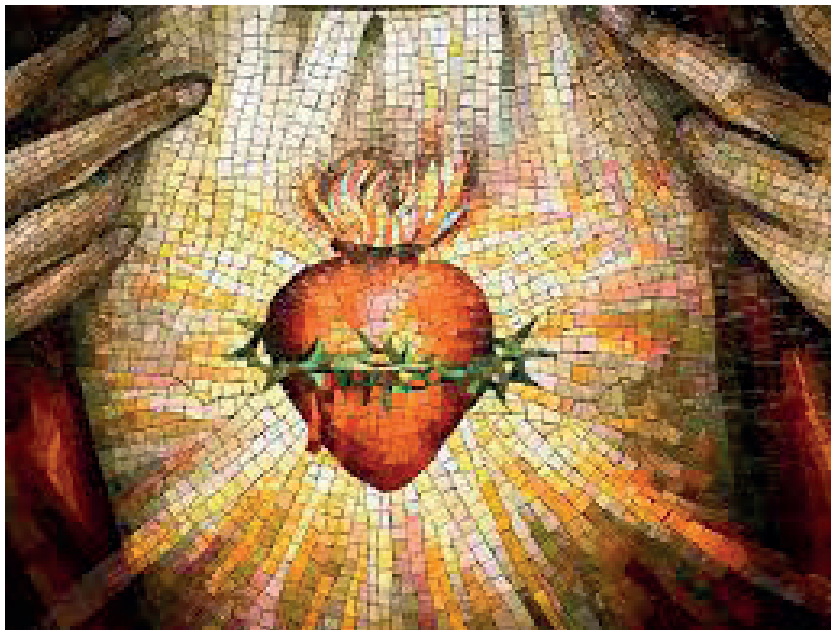
naturalmente anti-teísta. Será enemigo de la Iglesia, su único verdadero obstáculo, pues sólo ella tiene la llave de la unidad del género humano en Cristo.

Tiempos, pues, de prueba, de persecución y de fidelidad. ¿Quién sino la Iglesia testificará la única esperanza en la Misericordia que salva al mundo, le promete la paz y la felicidad?

No se va a producir una quiebra del sistema capitalista, como muchos dicen, sino su acomoda-

dación por una mayor concentración del poder de producción, de las directrices del consumo y de la toma de decisiones inversoras y financieras. En ese sentido el centro geopolítico del mundo va a ir desplazándose hacia Asia. El capitalismo se consolida como el modo económico universal de la globalización, bien bajo su forma liberal

(USA, Unión europea y sus periferias) o comunista (China). En tanto que panteísmos naturalistas y materialistas en lo moral, social y político, ambos se sos-



ASISTIMOS AL NAUFRAGIO DE LA MODERNIDAD Y DE SUS PROYECTOS EN MEDIO DE ESTE MUNDO QUE PASA, PERO AQUELLO EN QUE SE FUNDA, LA SOBERBIA DEL HOMBRE HASTA EL DESPRECIO DE DIOS, PERSISTIRÁ MUDANDO SUS FORMAS HASTA QUE, EN LA CONSUMACIÓN DE LOS TIEMPOS, SEA DERROTADA

tienen sobre una metafísica de la existencia concebida como resultado de fuerzas mecánicas que tanto se manifiestan en el deseo individual, en la voluntad colectiva o en las fuerzas biológicas, a veces imprevisibles (pandemias o catástrofes), a veces determinables (técnica o gestión). Las formas de Estado y de régimen serán mero accidente y todas serán coincidentes en servir de instrumento de control social. Las fuerzas antisistema y pretendidamente alternativas al capitalismo, con sus obsesiones (cambio climático,

calentamiento global, hetero-patriarcado, blindaje de las fronteras, etc.), jugarán sin pretenderlo a favor de la necesidad de un poder mundialista fundado en la homogeneización despersonalizadora y destructora de identidades residuales que todavía podrían salvaguardar al hombre y su libertad y su conciencia, especialmente la familia y la religión. Precisamente estas serán consideradas una amenaza para la preservación del planeta, la paz y la libertad (del poder). Es evidente, pues, una definitiva ruptura con

los residuos casi arqueológicos de la vieja cultura cristiana, ya no con lo que ésta ofrecía de comprensión del mundo, sino con esa caricatura inconexa e inconsistente de los llamados valores, desarraigados de su fundamento originario ya desde hace mucho tiempo.

Este mundia-

lismo panteísta y pan-materia-

lista sólo puede tener como alternativa la aceptación universal de la primacía de la ley natural objetiva, cognoscible por la razón natural, fundamento de la moralidad, y realizable por toda buena voluntad, frente al fatalismo y a la determinación de fuerzas mecánicas y materiales de la vida social (mercado, voluntad general, modas...). La conversión de poderosos y pueblos a Cristo es la única vía para la afirmación del carácter sagrado de la vida humana, de la dignidad personal de cada hombre, de la familia y del trabajo, la ordenación de la vida social al bien común como condición para la

justicia y consecuencia a su vez de esta.

El Juicio de Dios se revela en la historia, pues nada acontece sin que la permisividad de Dios sirva para que se manifieste lo que hay en los corazones de las gentes, de las naciones y de sus gobernantes.

A nadie se le escapa que los tiempos se aceleran y que el Anticristo inicia su lucha final. Nada de cuanto sucede ha dejado de formar parte de la fe de la Iglesia, cierta de vivir en esos tiempos que

describe el Apocalipsis y que se extienden desde la Resurrección de Cristo hasta su venida definitiva. Solo ante el mismo Cristo, Dios y Señor del cosmos y de la historia, máximo Bien, y ante las realidades que manifiestan su fuerza creadora y redentora, como son la existencia y la vida, el amor y el perdón, el arrepentimiento y la misericordia, la inocencia y la fragilidad, solo ante esto, por su adhesión o rechazo, es el hombre juzgado. El mal y el pecado, en tanto que, permitidos por Dios, constituyen la experiencia que prueba nuestra libertad: colaboramos con este o lo rechazamos, reforzamos nuestra confianza desnuda en Dios que ya ha venci-

do al mundo, o desesperamos y nos avenimos a la ley de este mundo.

Asistimos al naufragio de la modernidad y de sus proyectos en medio de este mundo que pasa, pero aquello en que se funda, la soberbia del hombre hasta el desprecio de Dios, la acomodación al mundo y la apostasía persistirá mudando sus formas hasta que, en la consumación de los tiempos, sea derrotada. Los textos y escritos que aparecen en este número de CRISTIANDAD constituyen una reflexión para comprender el misterio de esa esperanza que nos sostiene, para estar alegres y firmes en medio de la tribulación y reforzar así nuestra fe y nuestra caridad.

Considerar esta calamidad desde la fe

«Una persona de fe no puede considerar la actual calamidad en la que nos encontramos sin considerar también cuán distante está nuestra cultura popular de Dios. No solo es indiferente a su presencia en medio de nosotros, sino que es abiertamente rebelde hacia Él y el buen orden con el que nos ha creado y nos sostiene en el ser. Solo tenemos que pensar en los ataques violentos comunes a la vida humana, masculina y femenina, que Dios ha hecho a su propia imagen y semejanza (Gén 1, 27), ataques contra los no nacidos inocentes e indefensos...

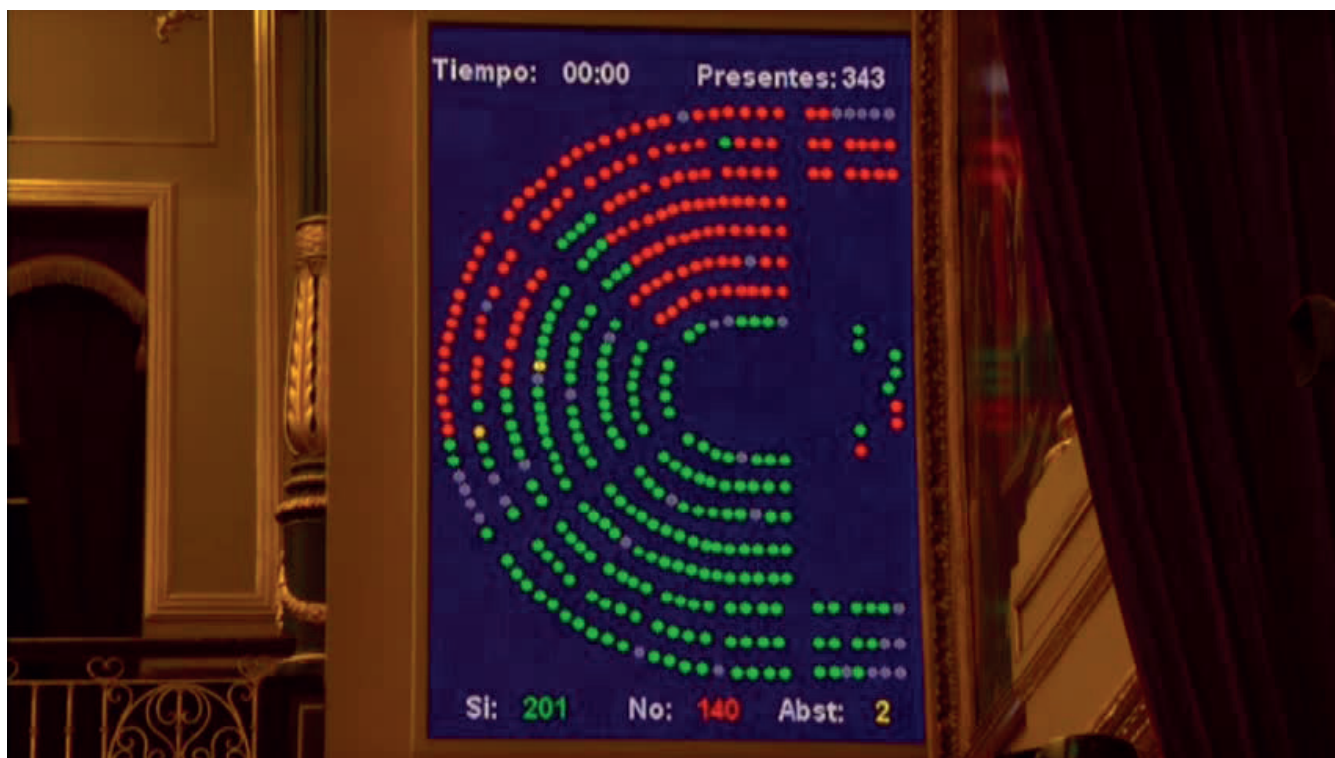
»También somos testigos, incluso dentro de la Iglesia, de un paganismo que adora la naturaleza y la tierra. Hay quienes dentro de la Iglesia se refieren a la tierra como nuestra madre, como si viniéramos de la tierra, y la tierra es nuestra salvación. Pero venimos de la mano de Dios, Creador del Cielo y la tierra. Solo en Dios encontramos la salvación. (...) Vemos cómo la vida de la fe misma se ha vuelto cada vez más secularizada y, por lo tanto, ha comprometido el señorío de Cristo, el Hijo de Dios encarnado, rey del Cielo y de la tierra. Somos testigos de muchos otros males que derivan de la idolatría, de la adoración a nosotros mismos y a nuestro mundo, en lugar de adorar a Dios...»

»Muchos con quienes estoy en comunicación, reflexionando sobre la actual crisis de salud mundial con todos sus efectos concomitantes, me han expresado la esperanza de que nos llevará, como individuos y familias, y como sociedad, a reformar nuestras vidas, a recurrir a Dios que seguramente está cerca de nosotros y que es inconmensurable e incesante en su misericordia y amor hacia nosotros. No hay duda de que grandes males como la peste son un efecto del pecado original y de nuestros pecados actuales. Dios, en su justicia, debe reparar el desorden que el pecado introduce en nuestras vidas y en nuestro mundo. De hecho, cumple las demandas de la justicia con su misericordia superabundante».

Raymond Leo Cardenal BURKE, Mensaje sobre el combate contra el coronavirus, COVID-19, 21 de marzo de 2020

Una reflexión sobre el virus de Wuhan y la nueva ley de eutanasia

GUILLERMO ELIZALDE



Luz verde del Congreso a la proposición de Ley de la eutanasia (12 de febrero de 2020)

HACE un siglo *La decadencia de Occidente*, de **Oswald Spengler**, agitó a la Europa que acababa de matarse en la primera guerra mundial. Por primera vez se decía que la cultura que dominaba el mundo estaba en decadencia y había alcanzado su «climaterio». Su vida interior creadora había terminado. El cambio se manifestaba externamente en la generalización del «hombre de teatros, placer y deportes, el moderno lector de periódicos». La disminución de los nacimientos era especialmente significativa, pues reflejaba el gusto por la muerte de toda época decadente. Spengler estaba convencido de que la pérdida del «terror a la muerte» cancelaba el sustento creador de toda cultura e inauguraba su declive.

La cultura occidental, hija del cristianismo, tenía efectivamente terror a la muerte. No a la muerte física, a la separación del alma y cuerpo, sino a la muerte espiritual y eterna, consecuencia de la separación del alma de Dios. Suprimiendo a Dios, la

secularización ha reducido la muerte personal a un accidente físico sin más trascendencia que la desaparición de cualquier mamífero, como se describía a sí mismo el escritor ateo Christopher Hitchens. Y es que la existencia sin sentido en un universo sin sentido no tiene demasiada importancia.

A quien todavía se resiste a quedarse en mamífero nihilista se le ofrece el consuelo de las ideologías. Como «la muerte es un invento de las clases burguesas dirigentes», Marcuse propone la eternidad marxista: el hombre muere, pero permanece para siempre en su clase social. El nacionalismo cambia la clase por el *volksgeist* nacional, el feminismo por el sexo, el ecologismo por el cosmos, y cada ideología por su ídolo colectivo particular, que es siempre una forma de panteísmo. Y así, entre el nihilismo y el panteísmo el terror a la muerte se adormece en nombre de la solidaridad colectiva y una supuesta concepción científica del mundo.

El tercer intento de ley de eutanasia, propuesto

a fines de enero por el gobierno socialista y comunista de España, deriva de este modo de pensar. La proposición de ley deja claro que «la secularización de la vida y conciencia social» es una de las causas para establecer la eutanasia. La muerte así procurada se presenta como un acto de misericordia para «evi-

LA ACTITUD DE LAS AUTORIDADES SANITARIAS EN EL VIRUS DE WUHAN ES TAMBIÉN MUY SIGNIFICATIVA DEL AUGE DE LA CULTURA DE LA MUERTE EN ESPAÑA

tar un sufrimiento», «ayudar» y conseguir que nadie trate de «imponer la vida». La ley crea «un nuevo derecho individual» a la muerte y opone expresamente la vida a la dignidad, la libertad y la autonomía de la voluntad, que se identifican con la posesión de determinadas capacidades, como si la vida solo tuviera que ser acogida en ciertas condiciones. En realidad no se trata de resolver el problema del sufrimiento, sino de eliminarlo en su raíz.

El fondo del texto entiende que la persona no se define por lo que es, sino por lo que puede hacer, como si ésta tuviera valor por sus funciones y hubiera vidas que no valiera la pena vivir. Pero matar es matar, y quizás por eso las disposiciones adicionales establecen que quienes soliciten la eutanasia «se considerará que

fallecen por muerte natural». Una concesión necesaria para acallar la mala conciencia.

La actitud de las autoridades sanitarias en el virus de Wuhan es también muy significativa del auge de la cultura de la muerte en España. Los protocolos para decidir quién recibe cuidados intensivos revelan la misma ética contable, utilitaria y funcional que la ley de eutanasia, y proponen «ofrecer los recursos a aquellos pacientes que más se puedan beneficiar, en términos de años de vida salvados (...) y evitar ingresos de pacientes con escaso beneficio». Una vez más lo prioritario es «mantener una alta calidad de vida». Quienes tienen más de 75 años son excluidos de los tratamientos de UCI y «recibirán solo oxigenoterapia» y morfina. Esta denegación de auxilio se procura –de nuevo– «en beneficio del paciente», porque «la muerte en casa es la mejor opción». Y para que parezca bueno –otra vez– se insiste en dulcificar el crimen con «rituales de despedida» y psicólogos.

Si Spengler fue el primer profeta de la decadencia occidental, el británico Douglas Murray es uno de los últimos. En su reciente libro *La extraña muerte de Europa* se pregunta «¿Durante cuánto tiempo puede sobrevivir una sociedad, una vez que se ha librado de sus orígenes fundacionales y dirigentes?». No lo sabemos, pero nos viene a la cabeza el aviso de san Juan Pablo II: el rechazo de la vida del hombre es una manifestación del rechazo de Cristo, y nos conduce «por un camino de totalitarismo fundamental» cuyo término estamos empezando a adivinar.

La pandemia; una invitación a volver el corazón a Dios

Esta pandemia nos invita a todos a volver el corazón a Dios, a insistir en el destino eterno del hombre y a poner el énfasis en la gracia de Dios, en recomponer los vínculos humanos; resaltar la importancia de la familia, de la comunidad cristiana y de los medios de salvación (oración, Palabra de Dios, sacramentos, caridad, etc.). Frente a la soberbia del individualismo y la autonomía radical, esta es una ocasión de gracia para cambiar el concepto de libertad. La libertad no es simplemente independencia y ruptura de vínculos. Nuestra libertad creada es para la comunión y para la dependencia amorosa de la sabiduría de Dios. Redescubrir a Cristo, dejarnos abrazar por su gracia redentora y aprender a vivir en comunidad son los retos para poner en pie a la Iglesia y a la sociedad.

Entrevista al obispo REIG PLA, *La Nuova Bussola Quotidiana*, 20/37 2020

Hablábamos de eutanasia y llegó el coronavirus

El Sónar-Aceprensa, IGNACIO ARÉCHAGA

PARECE una ironía macabra. La primera proposición de ley que presentó el gobierno de Pedro Sánchez a finales de enero al inicio de la legislatura fue la ley de eutanasia. Y ahora se encuentra luchando con todas sus fuerzas para evitar que la gente se muera.

Con el coronavirus, muchas cosas que antes parecían importantes y polémicas ahora resultan irrelevantes. El gobierno presentó la eutanasia como un nuevo derecho, un ejercicio de la autonomía del paciente, aquejado de una enfermedad grave e incurable, que le ocasiona un sufrimiento físico o psíquico insoportable. Ahora lo que está en juego es si dispondremos de medios para garantizar el derecho a ser cuidados. En estos momentos el sufrimiento del paciente proviene de no saber si dispondrá de un respirador y de una cama en la UCI cuando los necesite para salvar la vida, y no de si habrá alguien dispuesto a liberarle de la enfermedad grave con una inyección letal.

La eutanasia se ha vendido como la respuesta a una demanda social que quiere tener este comodín ante una muerte hipotéticamente dolorosa. Pero el apoyo a la eutanasia suele provenir de una población con buena salud que ve la muerte como algo lejano, casi como un problema de viejos. Ahora, en cambio, la muerte se ve como una amenaza inminente para todos. Y lo que pide la sociedad es alejar esa amenaza con los medios terapéuticos adecuados. Nadie quiere prevenirse ahora contra un supuesto ensañamiento terapéutico, sino que se reclama más personal sanitario, más recursos, más cuidados.

Incluso se ve de otro modo a la población anciana. Las propuestas de eutanasia dan por supuesto que son legión los ancianos privados de las ganas de vivir, aquejados de senilidad, de enfermedades incapacitantes o dolorosas, y que verían la eutanasia como una liberación. Hasta tal punto que, si ellos ya no están en condiciones de pedirla, se les haría un favor si entre el médico y los familiares se acordase esa eutanasia no pedida. Ahora, cuando los más mayores son las víctimas preferidas del coronavirus y las residencias de ancianos se han transformado en territorios peligrosos, nadie quiere ver desaparecer

a sus mayores aunque tengan ya poca esperanza de vida. **La idea de que la eutanasia es una garantía de muerte digna resulta irrisoria en una situación en que muchos enfermos están muriendo solos, sin que sus familiares puedan despedirlos, sin el consuelo colectivo de un velatorio y un entierro con familiares y amigos, y con listas de espera para una cremación.**

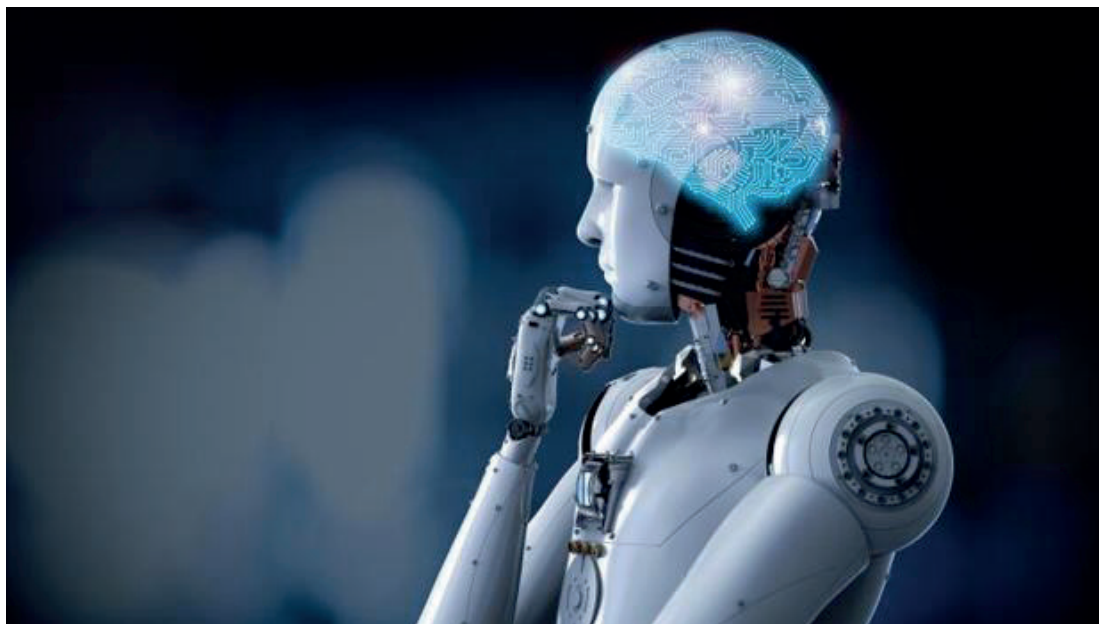
La vulnerabilidad de los enfermos ante un posible final trágico muestra también hasta qué punto es irreal la supuesta autonomía del paciente terminal. Los propugnadores de la eutanasia la presentan siempre como la decisión meditada y racional de un sujeto que ejerce su libertad, sin presiones ni condicionamientos, que opta por abandonar la vida ante un sentimiento íntimo de indignidad por la pérdida de facultades. Pero en una emergencia como la actual, cuando uno puede estar sano un día y tres días después internado en una UCI, los límites de la autonomía son bastante evidentes. **Si uno perdiera su dignidad por depender de los cuidados de otros, habría que preguntar a los enfermos internados si no prefieren una «muerte digna».**

Ante la intensidad de la pandemia, todos hemos agradecido el esfuerzo y el coraje del personal sanitario, que se multiplica para atender a los enfermos, exponiéndose también al contagio. El enfermo se pone en sus manos con la confianza de que van a hacer todo lo posible para sacarlo adelante, aunque uno ya no pueda tomar decisiones. Pero esta confianza quedaría muy mermada si, en virtud de la eutanasia, el personal sanitario pudiera decidir si estamos ya ante una vida que no vale la pena ser vivida. Porque una cosa es la limitación del esfuerzo terapéutico cuando ya es inútil, y otra aplicar al paciente los propios criterios sobre las condiciones de una vida digna.

En condiciones normales, la idea de la eutanasia aparece como un instrumento para controlar el modo de morir. **Pero la pandemia de coronavirus ha revelado nuestros límites ante una mortalidad fuera de control. Así que puede ser la oportunidad para repensar nuestra actitud ante el final de la vida, de modo que la propuesta de ley de eutanasia sea la última víctima del coronavirus.**

Transhumanismo y pandemia

STEFANO ABBATE



A menudo se ha hecho el paralelismo entre nuestra época y aquella del derrumbe del Imperio romano en el siglo v. La velocidad de expansión del imperio, la grandeza de sus gestas, el alcance de sus conquistas y la fuerza de su fundación todavía resonaba en los cantos de Virgilio. Al mismo tiempo que todavía cantaban sus gestas, dice san Agustín, «los romanos superaban y doblaban a sus antepasados, pero en la corrupción de costumbres». Los cantos de la posmodernidad suelen ser más apaciguados, cínicos, a menudo tristes, como si se atragantaran a los que quieren cantar la «grandeza» de nuestros tiempos. Pero no por esto son menos seductores, y llenan de significado el mundo simbólico posmoderno, que bien se parece al ocaso de una civilización. Los saqueos de los bárbaros significaron el preludio de la caída del Imperio Romano; hoy la pandemia parece, del mismo modo, la defenestración de la globalización salvaje del imperio anglo-americano y de sus equilibrios geopolíticos. Resulta curioso que, así como para los romanos la derrota militar significaba la ofensa más atroz que podía humillar su espíritu dominador, así la pandemia de un virus invisible y desconocido humilla al espíritu cientificista y prometeico de nuestra época, que solo aparentemente está desvinculado del sistema económico que lo alimenta. «Han puesto por las nubes su espíritu

dominador», y habiendo ya recibido su paga con los éxitos temporales, dice Agustín, han sido humillados (para el de Hipona también castigados) por Dios.

El coronavirus ha sido y sigue siendo una enorme «cuaresma» global que humilla a nuestro imperio, hibernando aquellas libertades que tan a menudo han sido usadas en sentido contrario a la ley de Dios y a la recta razón. Ahora la libertad se ha convertido en soledad, aunque cabe decir que aquella misma libertad que se jactaba de las miríadas de relaciones sociales que entretenía, en realidad estuvo siempre rebosante de soledad, pues adolecía de la única relación personal que hace posible fructificar todas las demás. El aislamiento ahora ya no es solamente metafísico sino visible en el confinamiento físico. Es como si la pandemia hubiese puesto de manifiesto una realidad que ya existía y que estaba cubierta por el ruido y la distracción. Pero no solamente la soledad, sino también se ha puesto de manifiesto nuestra finitud y caducidad, así como la existencia de fuerzas que no están bajo nuestro control y que permiten ver el horizonte de la muerte en la vida del hombre. La gran desconocida y ocultada muerte ya no es un hecho que se puede de algún modo «externalizar», sino que se presenta como una realidad que puede llegar a todos y en cualquier momento. Al escándalo de la muerte se ha acompañado la triste soledad

de muchos ancianos, privados de cualquier contacto y sacramento en el momento del traspaso. El gran desbordamiento del servicio sanitario ha puesto de manifiesto que si bien la ciencia ha avanzado enormemente, sus conquistas podrían no estar a nuestro alcance; o peor, podrían ser más simplemente insuficientes, entregándonos como fruto envenenado una muerte solitaria. Es decir, que todos los sueños de una ciencia liberadora, prometedora de una técnica aplicable a lo humano que finalmente realizaría el sueño de inmortalidad, de un transhumanismo capaz de superar a aquel proyecto incompleto del hombre, han caído como un castillo de naipes.

Si hay algo que ha puesto de manifiesto la crisis del coronavirus es la necesidad impelente de encontrar algo o a alguien que nos salve de lo imponderable. El gran surtido de expertos, que con sus intervenciones pretenden colmar las esperanzas de miles de personas, las promesas de fantásticas vacunas contra un virus que parece mutar imprevisiblemente, o el personal sanitario homenajeado casi como en una liturgia laica para aclamar al liberador, parecen expresiones de esta necesidad. Sin embargo, ni la técnica ni ningún sucedáneo puede sustituir la gracia divina, la única que puede cambiar nuestra condición y el curso de la historia. El gran engaño del transhumanismo, y en general de cualquier naturalismo científicista, es el haber querido, por «su espíritu dominador», sustituir a Dios. Y ahora que sus promesas fallan (y se revelan por las mentiras que siempre han sido), se aprecia más

claramente el rol que juegan estas doctrinas. El odio a lo humano implica siempre su muerte y eliminación. No olvidemos que hace pocas semanas se estaba discutiendo en sede parlamentaria un proyecto de eutanasia estatal que se vendía como un progreso en la dignidad de lo humano, tan digno que merecería desaparecer. En cambio, la pandemia actual con sus datos fríos de muerte diaria, en especial entre los más ancianos, provoca cada vez más un rechazo

EL GRAN ENGAÑO DEL TRANSHUMANISMO, Y EN GENERAL DE CUALQUIER NATURALISMO CIENTIFICISTA, ES EL HABER QUERIDO, POR «SU ESPÍRITU DOMINADOR», SUSTITUIR A DIOS

a esta fúnebre cantinela de números. El mito del perfeccionamiento humano encaja sin fisuras con su plena eficiencia y rendimiento económico, con su flexibilidad y sometimiento a las exigencias del capital. Por esta razón, el transhumanismo es una pieza más de ese mismo capitalismo voraz con el cual comparte el odio al hombre, reducido a coste innecesario una vez fuera del circuito productivo. En medio de la tribulación y de los espasmos de nuestra civilización, la humillación del «espíritu dominador» es la gran noticia de este tiempo.

«Quisieron ocupar el lugar de Dios y por su soberbia quedaron confundidos y divididos»

Lo primero y lo más importante es volver la mirada y el corazón a Dios y dejarnos convertir por Él. Ahora nos sentimos ciertamente humillados por un pequeño virus. El dominio del hombre sobre la naturaleza en nuestro mundo es muy grande y podría caer en la tentación de pensar que ya no hay necesidad de Dios porque el hombre tiene la capacidad de construir todo lo que desee. Ahora bien, no olvidemos que esta historia no es nueva; es la historia de la construcción de la torre de Babel que nos relata el libro del Génesis. Quisieron ocupar el lugar de Dios y por su soberbia quedaron confundidos y divididos.

Mons. Josep Àngel SÀIZ MENESES, obispo de Tarrasa (Barcelona),
«Volver la mirada a Dios», 25 de marzo 2020

«Coronavirus, regreso a la condición humana»

«Coronavirus, retour à la condition humaine» Jacques JULLIARD, 29 de marzo de 2020, Figaro Vox

HASTA el coronavirus, habíamos vivido tiempos nietzscheanos. «Te muestro al Superhombre», dijo Zaratustra a los reunidos, «el hombre es algo que debe ser superado».

En tiempos de antihumanismo

EL gran acontecimiento intelectual del último cuarto del siglo xx fue la ruptura de la élite filosófica francesa con el humanismo de los siglos anteriores hasta Sartre. El más dotado, el más profundo de estos filósofos, Michel Foucault, lo expresó al final de *Las palabras y las cosas*: «El hombre es un invento que la arqueología de nuestro pensamiento muestra con facilidad que es de fecha reciente. Y quizás también su fin próximo... como una cara pintada en la arena junto al límite del mar.»

Hay que tener en cuenta el giro provocador, y a veces metafórico, del pensamiento de Foucault. Lo que está condenando a una muerte próxima no es la especie humana, sino la visión humanista del hombre tal y como ha sido elaborada en Occidente.[...]

El hecho es que, desde entonces, la visión universalista del hombre pasó a no tener muy buena prensa en los círculos avanzados. La prueba de ello es el rechazo de la naturaleza humana y la afirmación de la primacía de lo construido sobre lo dado, que se expresa hoy en día en el transexualismo y, más en general, en las teorías de género.

Prometeo tiene el coronavirus

DE la misma manera, las teorías más bien confusas del transhumanismo, a la luz de los progresos de la inteligencia artificial, reducen a poca cosa el sustrato humano y anuncian un perfeccionamiento ilimitado de la pretendida naturaleza humana. Pronto sólo los ecologistas serán los únicos que crean en la invariabilidad de la naturaleza física y humana. El hombre podrá vivir hasta trescientos años, y se puede ya vislumbrar el momento en que la muerte, que es la forma suprema de la condición humana, podrá ser superada por el nuevo Prometeo. Sí, pero hete aquí que por culpa de un miserable pangolín en un mercado de Wuhan, a no ser que haya sido un murciélago, un agente infeccioso

invisible se instala en nuestros pulmones y todo este bello edificio queda sacudido hasta en sus cimientos. Prometeo empieza a toser, toma su temperatura tres veces al día y grita tras su mascarilla. No soy muy aficionado a las bromas y trucos del psicoanálisis, ¡pero bueno! Prometeo se ha puesto una mascarilla, Prometeo ya no quiere mirarse en el espejo, ¡qué símbolo!

[...] En cuanto a la bondad fundamental de la naturaleza, basta con referirse al coronavirus, este “crimen contra la humanidad” (Arnauld Miguet, corresponsal de France TV en Wuhan en *Libération*) para tomarle la medida: «La naturaleza es la mayor amenaza bioterrorista», ha proclamado Frédéric Keck, director del laboratorio de antropología social del CNRS. (...) El naturalismo ecológico es una tontería, que querría reducir a la nada todo el esfuerzo de la civilización para moralizar la naturaleza.

Ni ángel ni bestia

ESTE largo preámbulo tenía un solo propósito: subrayar que el hombre de antes del coronavirus tenía como principal preocupación escapar de su naturaleza, haciendo a veces el ángel y a veces la bestia, mientras que no es ni lo uno ni lo otro; en resumen, escapar de la naturaleza humana: el transhumanismo y el naturalismo, dos intentos opuestos, eran las dos caras de esta huida.

El coronavirus es una llamada al orden. Nos devuelve, a la manera de Pascal, a nuestra naturaleza, ni transhumanista, ni infrahumanista, sino humana. Nunca antes se había citado tanto a Pascal, y en particular el fragmento premonitorio que dice que «He descubierto que toda la desgracia de los hombres viene de una sola cosa: el no saber quedarse tranquilos en una habitación». Sin embargo, la lección de Pascal no es, a diferencia de nuestros contemporáneos, el regreso a un entretenimiento, sino por el contrario la confrontación con su destino y su condición.

(...) Por eso no creo en el naturalismo ni en el transhumanismo, esas dos formas complementarias de negación del ser humano. No creo en ellos porque ninguno de ellos es capaz de dar cuenta de lo que está pasando, y el único ejemplo de transhumanismo digno de ese nombre que conozco es la figura de Jesucristo muerto en la cruz.

El miedo a la muerte en un mundo sin fe

SANTIAGO ARELLANO HERNÁNDEZ

No hay duda de que la pandemia del coronavirus ha zarandeado la autosuficiencia de un mundo que se creía próximo a lograr para la tierra el paraíso perdido. Un virus microscópico ha puesto en jaque la economía de las naciones y la vida de los seres humanos. La muerte arrinconada y olvidada en la ciudad sostenible ha vuelto a enseñorearse como dueña del mundo y con el sensual **Arcipreste de Hita** exclama: «¡Ay muerte! muerta seas, muerta, e mal andante.. enemiga del mundo» y nos ha traído al recuerdo el cuadro del pintor flamenco **Pieter Brueghel el Viejo** «el triunfo de la muerte» en el que en medio del horror podemos ver escenas no exentas de sarcasmo como en el ángulo inferior izquierdo: una pareja de enamorados permanecen absortos ignorando lo que les rodea. Detrás de la mujer un esqueleto imita al tocador de laúd. A su lado una mesa puesta con manjares, y un juglar con jubón ajedrezado, se intenta esconder debajo. Un caballero hace ademán de desenvainar la espada, intentando defenderse de lo irremediable. Como la vida misma.

Documento inapreciable no solo por su valor poético. La idea aparece en numerosas odas de Horacio. Así comienza el poema 7, del libro IV: “Diffugere nives, redeunt iam gramina campis arborisque comae”. Horacio contempla la condición humana abocada a la muerte. Nada nos permite esperar que algo esté llamado a ser inmortal “inmortalia ne speres”. El año, la hora y el día así nos lo advierten, sin ninguna vacilación ni piedad. Como expresa en otra oda muy conocida “Eheu fugaces!, Postume, Postume, / labuntur anni”. La conciencia de la fugacidad irreversible de todas las cosas, es

una experiencia universal. El lamento se escucha en todas las culturas y en todos los tiempos.

En estos días se ha puesto de moda la lectura de **La Peste de Albert Camus**. Se vió en sus días (1947) una alegoría contra el nazismo e incluso contra el comunismo. Pero en su lectura directa es un reflejo del comportamiento humano en momentos de cataclismo. El protagonista es un médico Rieux agnóstico convencido de que su misión es rehacer la Creación y que la tarea universal es luchar contra el triunfo de la muerte. Son numerosas las citas como esta:

«¿No es cierto, puesto que el orden del mundo está regido por la muerte, que acaso es mejor para Dios que no crea uno en él y que luche con todas sus fuerzas contra la muerte, sin levantar los ojos al Cielo donde Él está callado?»

«¿No es cierto, puesto que el orden del mundo está regido por la muerte, que acaso es mejor para Dios que no crea uno en él y que luche con todas sus fuerzas contra la muerte, sin levantar los ojos al Cielo donde Él está callado?»

—Sí —asintió Tarrou—, puedo comprenderlo. Pero las victorias de usted

serán siempre provisionales, eso es todo.

Rieux pareció ponerse sombrío.

—Siempre, ya lo sé. Pero eso no es una razón para dejar de luchar.

—No, no es una razón. Pero me imagino, entonces, lo que debe de ser esta peste para usted.

—Sí —dijo Rieux—, una interminable derrota.»

Sale la voz apocalíptica del jesuita padre Perreux, pero la gente pasa de todo huyendo como puede de la evidencia de la muerte. Camus, muerto en accidente de coche cuando iniciaba un proceso de conversión, piensa que no existe Dios, que la fe es una expresión de impotencia, pero opina que el escepticismo no nos ha hecho más libres. Solo nos ha dejado más desamparados. El último párrafo de la novela comienza así: «Oyendo los gritos de alegría que subían de la ciudad, Rieux tenía presente que esta alegría está siempre amenazada».



Detalle de *El triunfo de la muerte* de Brueghel enl Viejo

Sin Cristo no puede ser otra la actitud ante la muerte. Una actitud resignada y frustrante. Cristo trajo al mundo un aire nuevo lleno de esperanza. Por eso un caballero cristiano podía proclamar ante la muerte: «*Y consiento en mi morir con voluntad placentera, clara y pura; que querer hombre vivir cuando Dios quiere que muera es locura*». O unos místicos exclamar «*que muero porque no muero*». Y con finura y acierto Benedicto XVI en su encíclica «*Spe Salvi*» nos recuerda la carencia de esperanza de aquellos ciudadanos de Roma, precisamente ante este mismo tema.

El haber recibido como don una esperanza fiable fue determinante para la conciencia de los primeros cristianos, como se pone de manifiesto también cuando la existencia cristiana se compara con la vida anterior a la fe o con la situación de los seguidores de otras religiones. Pablo recuerda a los Efesios cómo antes de su encuentro con Cristo no tenían en el mundo «ni esperanza ni Dios»..... los cristianos ... saben que su vida, en conjunto, no acaba en el vacío. Sólo cuando el futuro es cierto como realidad positiva, se hace llevadero también el presente... Eso significa que el Evangelio no es solamente una comunicación de cosas que se pueden saber, sino una comunicación que comporta hechos y cambia la vida. La puerta oscura del tiempo, del futuro, ha sido abierta de par en par. Quien tiene esperanza vive de otra manera; se le ha dado una vida nueva.

En la contienda de dos civilizaciones, la cristiana y la pagana, la humanidad se encuentra ante la encrucijada: Aquí la nada, o aquí la vida eterna.

Vicente Aleixandre exponente radical de un panteísmo que rechaza a un Dios personal, misericordioso y trascendente, en el último poema de «Sombra de Paraíso» titulado «No basta» escribe:

Sobre la tierra mi bulto cayó. Los cielos eran sólo conciencia mía, soledad absoluta.
Un vacío de Dios sentí pobre mi carne,
y sin mirar arriba, nunca, nunca,
hundí mi frente en la arena
y besé sólo a la tierra, a la oscura, sola,
desesperada tierra que me acogía.»

Fue el sacerdote **José Luis Martín Descalzo** en su extraordinario *Testamento del pájaro solitario* quien nos dio la esperanzada respuesta desde Cristo y a las puertas de la muerte:

«Y entonces vio la luz. La luz que entraba por todas las ventanas de su vida.
Vio que el dolor precipitó la huida
y entendió que la muerte ya no estaba.
Morir sólo es morir. Morir se acaba.
Morir es una hoguera fugitiva.
Es cruzar una puerta a la deriva
y encontrar lo que tanto se buscaba.
Acabar de llorar y hacer preguntas;
ver al Amor sin enigmas ni espejos;
descansar de vivir en la ternura;
tener la paz, la luz, la casa juntas
y hallar, dejando los dolores lejos,
la Noche-luz tras tanta noche oscura.»



«La muerte ha sido vencida»

Y Dios está a cargo, incluso en tiempos como éste, en el que vemos problemas en el mundo y tenemos miedo del futuro. Dios todavía está llevando a cabo su plan en la historia y en la creación. Y el suyo es un plan de amor.

¡Nosotros adoramos al Dios que resucitó a Jesucristo de entre los muertos en la mañana de Pascua! Por lo tanto, sabemos que las penas de este momento presente pasarán. Él sacará bienes de estos males y vida de esta muerte.

Como nos enseñan los santos, nada puede separarnos del amor de Dios, ni la persecución, ni el hambre, ni la peste o plaga. Y tampoco esta pandemia.

Mons. José H. GÓMEZ, arzobispo de los Ángeles, *Pascua en una epidemia*, 14.04.20

«Cada vez que lo hicisteis con uno de éstos, mis humildes hermanos, conmigo lo hicisteis»

Testimonios del personal sanitario en la pandemia

Covid-19, una experiencia de privación

LA experiencia, como profesional sanitario, de atender de forma directa a enfermos con COVID 19 ha sido muy intensa, y con una gran mezcla de situaciones, tanto positivas, como negativas.

Mi caso particular ha consistido en la atención médica de enfermos con coronavirus ingresados en una planta de hospitalización. En esta planta ingresaban, por lo general, pacientes con formas graves de la enfermedad (neumonía bilateral con insuficiencia respiratoria). Eran enfermos generalmente de edad avanzada, ancianos con un estado de salud previo delicado, y por tanto, enfermos con altas probabilidades de tener una mala evolución, y, a pesar de que han recibido un tratamiento médico proporcionado y adecuado a los conocimientos actuales que tenemos de esta enfermedad, la mortalidad ha sido muy alta.

En general, el comportamiento del personal sanitario que se ha llamado «de primera línea» ha sido muy ejemplar. Se han dedicado, siendo fieles a su vocación, a que estos enfermos en una situación muy delicada y triste estuvieran lo mejor cuidados posible en todos los sentidos, y para ello, en muchos casos, asumiendo un riesgo mayor del estrictamente necesario, con el consiguiente riesgo de contagio.

Si tuviera que describir en unas pocas palabras lo que ha supuesto para los enfermos que he atendido en estos días y que además es lo que más me ha impresionado, es la soledad, y la privación. Hasta el momento de escribir estas líneas las autoridades sanitarias han prohibido en la mayoría de centros hospitalarios las visitas a los enfermos ingresados con coronavirus, y este hecho ha influido en que estos enfermos hayan tenido que pasar por una soledad y aislamiento enormes, que además se suman al miedo que ya tenían encima por la propia enfermedad. Han experimentado de forma directa un desprendimiento casi total de las cosas materiales. A la falta de salud (en esta en-

fermedad, el virus puede provocar una severa falta de oxígeno así como intenso cansancio muscular), se ha añadido también una carencia de muchísimos elementos, de afectos, de la compañía directa de sus seres queridos, de la falta de atención religiosa, de la falta de sacramentos en momentos trascendentales de sus vidas... Aquí también se debe destacar la buena labor en general del personal sanitario, intentando en todo momento mantener comunicados por teléfono, o por vídeo llamada, a estos enfermos con su familia. Recuerdo con especial emoción un paciente, que llevaba bastantes días luchando con una presentación muy grave de enfermedad, habíamos hecho alguna vídeo llamada para ver a su hija y esposa, pero la última que hicimos le pusieron a su bisnieto, se emocionó, y esa misma noche falleció. Otra señora, con una sordera severa, ¡no oía nada! No tenía móvil, no pudo hablar con sus hijos hasta que le pusimos en contacto con nuestros móviles con el vídeo, cosa que agradecieron mucho, y finalmente superó la enfermedad. Y ejemplos como estos muchos. Otro factor positivo dentro de la difícil situación ha sido la de ser puente entre los enfermos y las familias. Cada día, tras el pase de visita, les llamábamos para darles el parte médico, ofreciendo esperanza y alegría cuando era positivo, y consuelo cuando era negativo. Es de destacar la actitud de agradecimiento y confianza que han depositado las familias en el personal sanitario.

En mi centro de trabajo tampoco se ha permitido la entrada de los sacerdotes, y esta carencia tan grande también la hemos intentando paliar con atención telefónica o vídeo llamada con sacerdotes que les han dado palabras de consuelo y rezo con ellos. También ha sido un consuelo poder rezar con los pacientes, ponerles la Santa Misa en la televisión, etc. La colaboración de compañeros y personal sanitario que habitualmente no tienen una preocupación en este sentido también ha sido muy buena, facilitando a los pacientes esta posibilidad.

El Señor en su misteriosa Providencia ha permitido que la etapa final de la vida de estos enfermos haya sido una etapa con sufrimiento físico, en al-

gunos casos con miedo, y con privación de consue- los humanos y también espirituales, sin embargo, la semilla de la fe en tantas personas mayores no se ha perdido, y esto les ha ayudado en estos tiempos tan difíciles. No hemos visto en la mayoría de enfermos reacciones negativas de desesperación ni rebelión, sino más bien agradecimiento y resignación. Le pido a Dios, rico en misericordia, que esta purificación les haya ayudado a estar ya en la casa del Padre a los que han fallecido y le den gracias a los que se han curado.

SANTIAGO FERNÁNDEZ

«Una prueba de humildad para todos»

EL día 26 de marzo en plena curva ascendente de coronavirus, con un aviso de 24 horas y un curso intensivo de cuatro, me incorporé a una unidad de cuidados intensivos «de nueva creación» con veinte pacientes intubados, todos Covid 19 positivos en situación de extrema gravedad. Mis sentimientos eran ambivalentes: por un lado, estaba contenta de poder ayudar en una situación crítica como la que estábamos viviendo, por otro tenía un poco de miedo y respeto hacia lo desconocido, la complejidad de los cuidados, las múltiples máquinas que no conocía y un poco de temor por el riesgo de contagiarme y transmitirlo a mi familia. Pero allí fui yo, armada con mi Detente del Corazón de Jesús, no sin antes avisar a todos mis amigos sacerdotes para que me encomendaran, a mi extensa familia, a la comunidad de carmelitas de Tiana que rezaban también y a unas monjitas que, a través de una dirección de correo electrónico (animoyorezoporti@gmail.com) me asignaron una religiosa de las Concepcionistas Franciscanas de Cuenca que también iba a rezar por mí: llevaba pues una «mochila» bien preparada.

Nada más llegar me asignaron dos pacientes y, tal cual me dio el complicado cambio la enfermera de la noche, casi tengo un ataque de pánico. A la complejidad de los pacientes, tenía que sumar que había que trabajar con tres capas de ropa, dos gorros, unas gafas de buzo que se empañaban, dos

maskarillas, unas polainas y doble guante. Yo que pensaba que después de treinta años de experiencia profesional no se me ponía nada por delante... Pensé: van a morir los dos en mis manos, yo no puedo con esto.

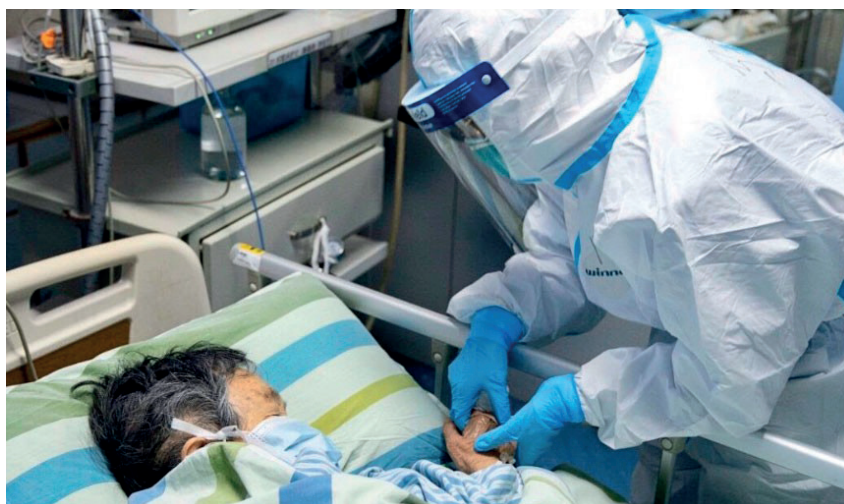
Los dos primeros días fueron... no tengo palabras. La situación era desbordante, los profesionales, tanto de enfermería como médicos, estábamos muy nerviosos, todo era un desorden: llegaban nuevos ingresos a cuál más complicado, un paro... llegó la primera defunción, sin saber si esa familia y esa pobre señora estaría asistida espiritualmente y sintiéndome muy impotente por no poder hacer nada al respecto

Pero a medida que han ido pasando los días, la situación ha ido volviéndose incluso rutinaria. Las gafas las cambiaron por pantallas, con lo cual podemos ver nítidamente lo que hacemos, y nos hemos acostumbrado a manejar pacientes sumamente complicados. Vivimos oscilando entre la alegría de ver a los que van bien y la tristeza de los que se mueren a

pesar de haberlo hecho todo por ellos, en la impotencia por los que ves que pasan los días y no mejoran, y el agotamiento físico por tantas horas de trabajo acumulado.

Esto no ha acabado: ahí seguimos, pero con lo que llevo podría calificarlo de una experiencia dolorosa. No he podido dejar de pensar en las familias de todos estos enfermos, solo podía rezar por ellos y decirles al oído a todos los pacientes que rezaba por ellos cada día junto con toda mi familia. Mis detentes y el escapulario que llevo en una bolsa de plástico en el bolsillo eran al menos un valioso acompañamiento para estos pacientes críticos.

Lo que estamos viviendo está siendo una prueba de humildad para todos; para mí porque sin la ayuda de todas mis compañeros no hubiera podido cuidar a mis pacientes, y ¡cuánta paciencia le han echado al tema!; y por otro lado ¡¡menudo bicho!! Se resiste a todo, con tanto que hemos avanzado en medicina... Esta situación tan desbordante, ¿cómo puede ser que nos haya pasado en plena era de la tecnología y el transhumanismo? La fragilidad humana y científica se ha puesto en evidencia. Y también, por último, ha sido una cura de humildad tener que re-



conocer que mi modo de llevar a Dios a todas estas personas solo podía ser rezando y ofreciendo. Me hubiera gustado hacer grandes cosas, conseguir que se pudieran confesar, que pudieran ver a un sacerdote, que sus familias tuvieran asistencia espiritual, pero en una UCI con pacientes sedados no se puede hacer nada de esto... solo rezar.

Puedo dar gracias a Dios porque estoy segura de que todo esto me va hacer bien, porque he visto personas entregadas, grandes profesionales de los que tengo mucho que aprender... ¡qué pena que la mayoría de ellos no conocen a Dios ni tampoco parece que todo esto les haya tocado el corazón! Pero Él sabe más y seguro que les premiará por estos ejemplos de entrega que han dado muchos de ellos.

Solo me queda pedir a Dios que nos libre de todo esto cuanto antes, darle gracias porque muchos compañeros han caído y a mí, de momento, me ha preservado del contagio, y porque realmente esta situación está constituyendo una oportunidad de conversión. Darle gracias también por mi familia, que ha aguantado estoicamente mi ausencia física y mental (porque mi cabeza estaba un poco descolocada estos días); y porque no he dejado de sentirme acompañada por mi ángel de la guarda y por otros muchos profesionales de la salud cristianos que sé que están en la trinchera como yo.

GUADALUPE ALSINA

«La fe, un faro de esperanza en los últimos momentos»

DESDE la adolescencia despertó en mí el interés por todas aquellas profesiones que se dedicaban al cuidado de las personas, especialmente de las más débiles y enfermas. Cuando llegó el momento de tener que elegir una carrera universitaria, escogí enfermería. Siempre he pensado que la atención del enfermero con el paciente es íntima y cuidadosa, volcada en el servicio al prójimo en todo momento. Cuando se vio que la pandemia del coronavirus empezaba a descontrolarse y desde el gobierno se decretaba el estado de alarma, supe que la situación iba a exigir el máximo sacrificio de todo el personal sanitario. Sin entrar demasiado a valorar los riesgos a los que estábamos expuestos en los inicios de la pandemia, fuimos muchos los que con ganas y vocación de servicio nos volcamos desde el primer día. A pesar de la falta de material sanitario, del aumento considerable del horario laboral y de la presión que pesa aún sobre nosotros no puedo dejar de señá-

lar que me he sentido acompañada y sustentada por las oraciones de tantos que nos han encomendado.

Desde mi experiencia personal durante este tiempo excepcional, puedo afirmar que es triste ver la forma en que a veces los profesionales sanitarios tratan a las personas mayores, como si ya no se pudiera hacer nada por ellos. En muchas ocasiones, he observado cómo médicos se desentendían de ellos, relegando a enfermeros la tarea del acompañamiento diario de los pacientes mayores demasiado afectados por el virus, o en sus últimos momentos de vida. Cabe destacar también la falta de caridad que a veces tenemos que soportar de algunos pacientes, que exigen atención pero no devuelven agradecimiento.

Desgraciadamente, la gran mayoría de pacientes no son creyentes (o no lo expresan visiblemente). He podido comprobar que aún estando en los últimos momentos de su vida, ninguno ha requerido la asistencia espiritual del capellán del hospital. Se trata de una prueba devastadora de la ceguera del ser humano, que vive como si Dios no existiera pero que a su vez le culpa de todo lo malo que le ocurre. Contrariamente a lo que uno pueda imaginarse, muchos pacientes, profesionales y afectados han aprovechado esta situación dramática para rechazar aún más la fe. Frente a la falta de alegría y amor que se experimenta en el hospital, las personas con fe constituyen un verdadero faro de esperanza. Pude comprobarlo de primera mano con un paciente que desde el inicio de su ingreso mostró pública y visiblemente su fe. Cuando no estaba rezando el rosario, charlaba alegremente conmigo. Llegó a regalarme estampas de la Virgen para que repartiera a mis compañeras. Cual fue mi sorpresa cuando hasta una compañera que se hacía llamar católica rechazó la estampita. El hombre fue para mí una verdadera alegría y un testimonio de esperanza y confianza en el Señor. Entre tanta oscuridad, su actitud ante la enfermedad me animó a mí también a dar testimonio ante mis compañeros, de los que habitualmente tengo que soportar comentarios calumniosos sobre la Iglesia y sus fieles. También es digno de mencionar que algunos pacientes agradecen la atención recibida con mucho cariño. Cuánto bien les haría la fe a todos ellos...

Todo lo vivido me hace replantearme lo diferente que serían los hospitales si pacientes y sanitarios pusieran a Cristo en el centro de todo sufrimiento y se trataran con caridad, amor y compasión. La única esperanza está en Dios, y todos, no solo los sanitarios, debemos ir en busca de las almas que están más necesitadas del amor de Cristo de lo que ellas creen.

TERESA NAVARRO



¿Ha enterrado la ciencia a Dios?

Lennox. John C.

Madrid, Rialp 2019

JAVIER GONZÁLEZ FERNÁNDEZ

EXISTE la impresión popular generalizada de que cada nuevo avance científico es otro clavo en el ataúd de Dios». Con estas palabras inicia John C. Lennox, matemático y filósofo de la ciencia en Oxford, este ensayo, que constituye el resumen de unas conferencias impartidas en el curso *Faith, reason and science* organizado por la Universidad de Oxford y Salzburgo en diciembre de 2000.

Sin embargo, advierte Lennox, una rápida ojeada a la historia de la ciencia moderna viene a sugerir precisamente lo contrario: «la doctrina de un único Dios Creador, responsable de la existencia y orden del universo, ha tenido un papel importante» en el surgimiento y desarrollo de la ciencia moderna.

Entonces, ¿de dónde viene esta «impresión generalizada»? La respuesta a esta cuestión, que está en el trasfondo de todo el ensayo y constituye el gran acierto del mismo, hay que buscarla, no en la pretendida incompatibilidad entre ciencia y fe (la misma ciencia lo desmiente) sino en la promoción de una cosmovisión «naturalista» del mundo, conscientemente enfrentada a una visión «teísta» del universo y del hombre. La difusión, constante y machaconamente repetida por los medios de comunicación, de toda opinión «científica» que suponga poner en duda la existencia de un Dios creador y providente, por absurda o infundada que sea, parece formar parte de una campaña política encaminada a hacer del Estado el referente último en la vida personal y social de los hombres.

«Para desentrañar la relación entre las dos visiones del mundo y la ciencia hay que hacerse ahora una pregunta verdaderamente difícil: ¿qué es verdaderamente la ciencia?». Lennox no profundiza en la cuestión —el formato del libro no lo permite—, aunque sí apunta el tema de fondo: la ciencia tiene unos límites, límites que muchas veces se ocultan para favorecer la sensación de que «Dios es una hipótesis innecesaria». «La ciencia lo explica. Así se podría describir el poder y la fascinación que ejerce la ciencia sobre mucha gente».

«La ciencia lo explica». De hecho, la ciencia, y solo ella, —nos sugieren— puede explicarlo todo. Sin embar-

go, resalta el profesor de Oxford, la afirmación —que está en el fondo de esa visión naturalista— de que la ciencia constituye la única fuente de conocimiento verdadero es una afirmación que se refuta a sí misma porque el método matemático que utiliza, y que tan buenos resultados ha proporcionado en el desarrollo de la técnica, limita irremediamente el conocimiento del mundo físico que estas ciencias nos pueden proporcionar, como ya advirtió admirablemente santo Tomás de Aquino en su tiempo.

Conexo con el método matemático que caracteriza a la ciencia moderna está su «reduccionismo metodológico», procedimiento que, como señala Lennox con gran acierto, tiene su límite en la misma naturaleza de las cosas. Sin embargo, muchos científicos, abusando de esta metodología, abogan por un «reduccionismo ontológico» (véase, por ejemplo, el empeño en reducir la biología a la química y la química a la física), confundiendo la unidad, aspiración de todo entendimiento, con la unicidad, contraria a la pluralidad de perfecciones que el universo pone ante nuestros ojos.

Aclaradas estas cuestiones previas —un trabajo muy necesario y eficaz para deshacer la pretendida incompatibilidad entre ciencia y fe consiste en precisar el significado de las palabras utilizadas en la discusión— y en lo que constituye el grueso del ensayo, Lennox analiza algunos de los temas recurrentes en la «mediática» confrontación entre ciencia y fe: el origen del universo y de la vida. La conclusión de que «la ciencia misma ha demostrado que la hipótesis de la creación es comprobable», su fundamentada crítica al evolucionismo y el interesante estudio sobre el concepto de información aplicado al mundo natural justifican sobradamente una lectura provechosa del trabajo de este profesor de Oxford, en el que busca «presentar evidencia de que, lejos de haber enterrado a Dios, los resultados de la ciencia no solamente apuntan a su existencia, sino que hasta su misma posibilidad queda validada por su existencia».



emos leído

ALDOBRANDO VALS

Solas, borrachas y con coronavirus

ABC

Poco antes del confinamiento por el coronavirus el gobierno de España lanzaba una campaña feminista bajo el degradante lema «Sola y borracha quiero volver a casa». Este exabrupto daba pie a Juan Manuel de Prada para escribir esta atinada columna en ABC:

«Hay que agradecer la sinceridad sin ambages de la consigna “Sola y borracha quiero volver a casa”, que **delata los postulados antropológicos de sus promotores**. En efecto, estar sola y borracha es el destino que aguarda a la mujer en la sociedad que estos psicópatos y psicópatas están diseñando. Que, paradójicamente —¡porque esta patulea se cree “anticapitalista”!—, es la sociedad capitalista denunciada por Chesterton, que “*destruye hogares, aliena divorcios, provoca la lucha de los sexos y desprestigia las viejas virtudes domésticas*”, para entronizar “*una religión erótica que, a la vez que exalta la lujuria, prohíbe la fecundidad*”. Todos los destrozos antropológicos que Chesterton asignaba al capitalismo son los que han instaurado estos psicópatos y psicópatas del neofeminismo. Y, en su esfuerzo por conseguir mujeres “solas y borrachas”, huérfanas de vínculos humanos y de virtudes morales, han añadido a todas las calamidades denunciadas por Chesterton una todavía más desquiciada, el deli-

rio del “género”, que ha diluido la realidad biológica de la mujer en un sopicaldo penevular.

La revolución capitalista, señalaba Walter Lippman, precisa “*reajustes necesarios en el género de vida*” (es decir, destrozos antropológicos concienzudos). Y, para lograr tales “reajustes”, cuenta con un neofeminismo psicopático que quiere mujeres “solas y borrachas”. O sea, **mujeres odiadoras del hombre y de la fecundidad** (“solas”) y **entregadas a la libertad sexual más desnortada** (“borrachas”). Y, junto a estas mujeres arrasadas, estos psicópatos y psicópatas precisan igualmente hombres “solos” (o sea, divorciados de su masculinidad, narcisos compulsivos o pajilleros disfrazados de planchabragas) y “borrachos” (o sea, enganchados a la pornografía, adoradores del ojo sin párpado o misóginos que sólo ven en las mujeres un recipiente en el que descargar sus flujos). Los “reajustes necesarios en el género de vida” precisan, en fin, **mujeres y hombres desvinculados, solipsistas, absortos en la satisfacción de sus placeres ególatras, sin capacidad alguna para comprometerse en un proyecto vital a largo plazo fundado en la transmisión de la vida, sin capacidad para constituir un hogar** que sea una fortaleza inexpugnable frente a quienes desean imponer un nuevo modelo de vida en el que, desde luego, no habrá “brecha salarial” alguna. Puesto que hombres y mujeres cobrarán el mismo sueldo birrioso, idóneo para gentes que, como no tienen responsabilidades paternas, pueden emborracharse cada fin de se-

mana, antes de volver a su cuchitril infecto sin sitio para la prole, o al cuchitril también infecto del ligue que han conseguido por Tinder o Grindr, con el que borrachos intercambiarán soledad y flujos.

Y, a su vez, estos sórdidos intercambios favorecerán la expansión del coronavirus, que a su manera también contribuirá a los “reajustes necesarios en el género de vida”, abreviando la de gentes solas y borrachas con “patologías previas”. Así, los psicópatos y psicópatas artífices del destrozamiento antropológico ahorrarán en pensiones y podrán añadir una propinilla al sueldo birrioso de las masas de gente sola y borracha que pastorean. Y conseguirán, además, que estas masas se prosternen ante ellos, agradeciéndoles la vida de mierda que llevan. Y los psicópatos y psicópatas podrán decir complacidos, como el Gran Inquisidor de Dostoiévsky: “*Nosotros les enseñaremos que la felicidad infantil es la más deliciosa. Incluso les permitiremos pecar, ya que son débiles, y por esta concesión nos profesarán un amor infantil. Y ellos nos mirarán como bienhechores al ver que nos hacemos responsables de sus pecados. Y ya nunca tendrán secretos para nosotros*”.»

En medio del desastre, la fe



Mathieu Bock-Côté es un sociólogo, nacido en Lorraine (Quebec), colaborador habitual en Le Figaro, donde ha publica-

do una columna a propósito de la veintena de sacerdotes fallecidos en el norte de Italia tras acompañar a los enfermos de coronavirus.

Allí señala que frente a una modalidad para la que la religión es ininteligible, «que quiere ver en ella una superchería cuyos últimos residuos deben ser eliminados», **«el hombre que se arroja para rezar no renuncia a una comprensión racional del mundo, sino que reconoce que el mundo se presenta en última instancia como un misterio al que la cruz da la posibilidad de una respuesta encarnada».**

Y concluía: «los sacerdotes de Bérgamo **han encontrado en su fe la capacidad de un último sacrificio**, el más insensato de los dones para quienes se empeñan tercamente en ver el mundo dentro de los límites de un estrecho materialismo: el de su propia vida para ofrecer una última oración. No todo el mundo tiene que hacer lo mismo en estos momentos de necesario y generalizado confinamiento. **Pero no está prohibido confesar la admiración conmovedora ante aquellos que han creído más allá de todo y han asumido su vocación hasta el martirio.»**

Muertes pospuestas



Carl R. Trueman, profesor en el Grove City College, ha llamado la atención desde la revista First Things sobre una cuestión que nuestro mundo se empeña en ocultar: nuestra mortalidad.

«La cultura occidental moderna ha tratado de domesticar y marginar a la muerte, tanto domesticándola a través de representaciones ficticias en películas y programas de televisión,

como manteniendo lo real fuera de nuestra vista. Pero como en el caso de ese otro objetivo de la moderna cultura de la trivialización, el sexo, **hemos sido asaltados por la realidad.**[...]

Es evidente que nos hemos acostumbrado a vidas extraordinariamente cómodas. ¿De qué otra forma explicamos las peleas en los supermercados por el papel higiénico? No se equivoquen, considere que el papel higiénico es un invento maravilloso, pero no es uno de los elementos esenciales de la vida. Y a menudo me he preguntado sobre el significado de “salvar vidas”. “Retrasar muertes”, aunque no tan motivador, es técnicamente más exacto. **Nacimos para morir. La muerte es inevitable**, que es por lo que todos la encontramos tan aterradora.

En esta situación es tarea de la Iglesia confrontar a la gente con la realidad antes de que la realidad misma se les presente de improviso. Los esfuerzos por combatir el virus son importantes; pero también lo es la labor de la Iglesia de prepararnos para la muerte. [...]

Como Philip Rieff comentó una vez, en tiempos pasados la gente no iba a la iglesia para ser feliz; iban para que les explicaran su miseria. **La gente quería saber cómo enfrentarse a la realidad, no distracciones para sentirse bien consigo mismos.** Nuestras vidas pueden ser, por término medio, más cómodas que las de nuestros antepasados, pero éste es un estado de las cosas temporal y nuestro fin será exactamente el mismo que el de ellos. Así que, por pesimista que parezca, la tarea de la Iglesia es luchar no tanto contra las plagas físicas, que vienen y van, sino más bien contra lo que Leszek Kolakowski denominó la era de los analgésicos.

Claro que la Iglesia ayuda a la gente a vivir, pero a vivir a la sombra de la mortalidad. Debe poner este reino terrenal en

el contexto más amplio de la eternidad. Debe preparar a la gente a través de su predicación, su liturgia, su oración y sus sacramentos para que se den cuenta de que la muerte es, sí, una realidad terrible y aterradora a la que todos nos enfrentaremos algún día, pero que **el sufrimiento de este mundo, o también esta prosperidad superficial pasajera que muchos de nosotros disfrutamos, no es más que algo efímero, ligero y pasajero, en comparación con el peso eterno de la gloria que está por venir».**

El Papa, solo

L'INCORRECT

Faites-le taire !

Jacques de Guillebon, desde la revista francesa L'Incorrect, reacciona a la impactante bendición urbi et orbi del Papa con el Santísimo desde un Vaticano solitario y golpeado por la lluvia:

«Filosofemos de verdad: mientras que los tamborileros de turno difunden su falsa sabiduría, (...) el Papa bendice la urbs y el orbs, solo, en la Plaza de San Pedro, **sosteniendo con sus brazos una custodia donde se condensa la salvación del mundo.**

San Pedro, la basílica, está desnuda como san Pedro, el pecador, cuando en su barca después de la muerte de Jesús, Juan le dijo: “Es el Señor”. Las grandes pompas y los inmensos oros de los templos temporales se reducen a la nada: sola, **en este pequeño círculo blanco de la hostia, está encerrada la salvación del mundo.** Porque es cuando somos débiles que somos fuertes. Y eso, Demócrito o Cicerón no lo sabían. Sólo consuela la teología. Todo lo demás es vana filosofía y no vale la pena el esfuerzo...»



*Pequeñas
lecciones
de historia*

El Corazón Inmaculado de María vencerá a las pandemias

GERARDO MANRESA

DESDE el 1 de diciembre de 2019, cuando se identificó por primera vez el coronavirus en la ciudad de Wuhan (China), causando neumonías en toda la zona, este virus se ha ido y va extendiéndose por todo el mundo, sin que por el momento se vea un fin próximo. Lo que sí se ve claramente es que tendrá unas graves consecuencias en toda la sociedad mundial.

Esta pandemia trae a la memoria la que sucedió hace cien años entre los años 1918 y 1920, la famosa «gripe española». Esta gripe no era española, se inició, según se cree, en un batallón de reclutas de los EE.UU. que se estaba preparando para venir a Europa a luchar en la primera guerra mundial. Estando aún en su país fallecieron cincuenta personas, pero en lugar de confinarlos, estos reclutas fueron enviados a Europa, lo que facilitó el contagio entre todos los soldados y los habitantes europeos. Esta pandemia se inició en agosto de 1918 y se propagó rápidamente por todo el mundo en tres olas pandémicas entre 1918 y 1920. El impacto que produjo fue enorme causando más de 40 millones de muertes en todo el mundo (hay quien habla de hasta 100 millones). La causa de llamarse española es que la mayor parte de los países europeos estaban en guerra y únicamente España era país neutral. Los primeros censuraban las noticias para evitar el desánimo en sus ejércitos y únicamente España, país neutral, las publicaba, por ello se llamó española.

Ello produjo un grave problema en los ejércitos de los dos bandos y, mucha gente considera que fue una de las causas que aceleró el final de la 1ª Guerra Mundial, pues las bajas que se producían en los ejércitos eran considerables. La guerra mundial finalizó en noviembre de 1918. Se considera que padecieron esta gripe más de 1000 millones de personas, sin distinguir entre clases, pues el mismo presidente de los EE. UU., durante la firma del tratado de Versalles al fin de la guerra, en 1919, también la contrajo. Ahora bien, en los países pobres las muertes causadas por dicha gripe fueron más abundantes. En la India fallecieron unos 17 millones de personas.

Esta historia nos trae ala memoria Portugal, en concreto, un pueblo pequeño, llamado Fátima. Un año antes la Virgen se había aparecido a tres pastorcitos,

Lucía, Francisco y Jacinta, durante seis meses, desde el 13 de mayo hasta octubre de 1917. Esta pandemia se extendió también a Portugal y en octubre de 1918 toda la familia Marto, salvo el padre, cayó enferma de «gripe española». A Francisco y Jacinta esta gripe se les complicó con una neumonía.

Francisco, durante los largos seis meses que duró dicha enfermedad, dice Lucía en sus escritos, que estuvo siempre alegre y contento y, aunque sufría, decía: «Sufro para consolar a Nuestro Señor y de aquí a poco iré al Cielo». Antes de morir quiso confesar sus pecados y llamó a Lucía y a Jacinta para preguntarles si le habían visto hacer algún pecado, pues quería tener el alma bien limpia antes de confesarse y recibir la Primera comunión dos días antes de su muerte. Francisco murió el 4 de abril de 1919, en el segundo brote de la gripe española.

Jacinta, la hermana pequeña de Francisco, también cayó enferma por las mismas fechas que su hermano, pero sobrevivió a dicha gripe neumónica, pero para Jacinta se empieza un segundo un calvario, ya que le sobreviene una pleuresía purulenta y posteriormente una tuberculosis que soporta y ofrece «para la conversión de los pecadores y para reparar los ultrajes que se realizan al Corazón Inmaculado de María». Se le pide un último gran sacrificio: separarse de los suyos, y sobre todo de su prima Lucía. Primero fue trasladada al Hospital de Ourem, donde sufrió mucho, pero decía a Lucía, en sus visitas: «Sí sufro, pero todo lo ofrezco por los pecadores y para reparar el Inmaculado Corazón de María». Allí la visitaba Nuestra Señora y le dijo que sería trasladada a Lisboa. Después de un tiempo de recuperación en casa de sus padres en Ajustrel, fue trasladada al hospital de Lisboa donde se probaron todos los medios disponibles en aquel momento para salvarla, incluso una cirugía sin anestesia para intentar arrancarla de la muerte. Pero, tras dos años y medio de enfermedad, con mucha soledad, sin la familia, la Virgen la vino a buscar y la tomó el 20 de febrero de 1920, para llevarla al Cielo, tal como se lo había prometido.

¡Qué Francisco y Jacinta intercedan ante Inmaculado Corazón de María para que triunfe pronto y nos salve de toda pandemia física y espiritual!



ACTUALIDAD RELIGIOSA

JAVIER GONZÁLEZ FERNÁNDEZ

Estados Unidos se une para rezar ¡Sagrado Corazón de Jesús, en Vos confío!

ENTRE las muchas iniciativas que están llevándose a cabo para pedir a Dios el fin de la pandemia que asola el mundo entero, CRISTIANDAD no puede dejar de hacerse eco de la jornada de oración nacional al Corazón de Jesús organizada por la Iglesia católica de los Estados Unidos, que tuvo lugar el pasado Viernes Santo.

En la convocatoria realizada por monseñor José Gómez, presidente de la Conferencia de Obispos Católicos de Estados Unidos y arzobispo de los Ángeles, señalaba éste que «en esta difícil situación de nuestra sociedad y de nuestro país creo que es importante renovar nuestro amor por Jesús. Personalmente, siempre he tenido devoción al Sagrado Corazón de Jesús. Recuerdo aprender cuando era niño la hermosa jaculatoria: «Sagrado Corazón de Jesús, en Vos confío». Creo que sería hermoso que todos nosotros, en este tiempo de prueba, vayamos juntos al Sagrado Corazón de Jesús buscando paz y comprendiendo que debemos amarnos unos a otros como Jesús nos ama».

La ceremonia, que tuvo lugar en la catedral de Nuestra Señora de Los Ángeles de Los Ángeles y fue retransmitida en directo a todo el mundo, alternando el inglés con el castellano, comenzó con la petición a Dios de monseñor Gómez para que mantenga nuestras familias y aquellos que amamos libres de todo daño: «En unión con el papa Francisco, pedimos a Dios que sea nuestra fortaleza y nuestro refugio para liberar a nuestra nación y al mundo de esta pandemia». Tras encomendar a los fallecidos y sus familiares, a los que están sufriendo la enfermedad, a todos los que están arriesgando su vida para cuidarlos y a las autoridades civiles, monseñor Gómez oró a Dios Todopoderoso y eterno: «Te rogamos nos concedas, que nosotros, que nos gloriamos en el Corazón de tu amadísimo Hijo y recordamos las maravillas de su amor por nosotros, seamos hechos dignos de recibir sobreamplamente tu gracia que brota de esa fuente de tus dones celestiales».

A continuación se leyó un fragmento de la carta de san Pablo a los Romanos, se cantó parte del salmo 23 y se proclamó el evangelio de san Juan 19, 31-37. Durante la homilía, el arzobispo de Los Ángeles, situó a todos los participantes en la jornada de oración al pie de la cruz, con María, nuestra Santísima Madre, y les invitó a mirar a su Hijo crucificado, preguntando a Dios:

«¿Por qué tenía que morir? ¿No podía haber algún otro camino? También hoy nosotros preguntamos a Dios: ¿Por qué este coronavirus? ¿Por qué has permitido que esta enfermedad y muerte descendan en nuestro mundo? Sabemos que Jesús en la cruz es la única respuesta. En el corazón de Cristo, herido por la lanza del soldado, traspasado por nuestros pecados, vemos cuánto Dios ama al mundo. Vemos lo preciosos que somos a los ojos de nuestro Padre.

»Como hemos oído en la lectura del Evangelio, de su Corazón brotó sangre y agua; sangre que nos redime del pecado y de la muerte, agua que lava nuestras vergüenzas y hace todas las cosas nuevas. Hoy estamos aquí contemplando la cruz de Nuestro Señor, en medio de esta pandemia, y Jesús nos llama a confiar en su Sagrado Corazón. Por tanto, roguemos a menudo al Sagrado Corazón de Jesús: “Sagrado Corazón de Jesús, en Vos confío”. Dios proveerá. Nosotros lo sabemos. Él tiene un plan de amor hacia su creación, un plan de bondad y misericordia para cada nación y cada corazón.

»Jesús no murió por ninguna razón. El Viernes Santo es santo porque abre el camino al Domingo de Resurrección. Dios dio a su único Hijo por nosotros. Por esto sabemos que nos libraré de este mal del coronavirus. La cruz nos muestra que su amor por nosotros es más fuerte que la muerte. Estamos realmente viviendo el momento de testimonio cristiano. Jesús ha abierto su corazón para nosotros, ha dado su vida por amor a nosotros. Ahora nos llama a confiarle nuestras vidas, todo nuestro corazón, toda nuestra mente, todos nuestros sentimientos y pensamientos, nuestras palabras y acciones.

»Jesús nos está pidiendo en esta situación tan difícil que llevemos la cruz con Él, que sepamos cargar la cruz en nuestra vida diaria y que lo sigamos en humildad y con confianza total en que el Sagrado Corazón de Jesús es consciente y sabe perfectamente lo que hay en nuestros propios corazones. ¡Las misericordias de Dios no se gastan! ¡La fe, la esperanza y la caridad no han muerto! Y somos testigos de ello de una manera hermosa todos los días durante esta pandemia: en nuestros hospitales y hogares, en nuestras parroquias y ministerios, en cada acto silencioso e invisible de sacrificio personal y de servicio en nuestras familias y comunidades.

»Creo que esto es lo que Dios quiere que todo su pueblo aprenda en este tiempo de crisis mundial, que todos somos una familia, la familia de Dios, un cuerpo unido en la sangre y el agua que fluye del corazón de Cristo, unidos en una hermosa y sobrenatural solidaridad de compasión. Debemos amarnos unos a otros, uniendo nuestros sufrimientos al corazón de Cristo, abierto para nosotros en la cruz. Sacrifiquémonos unos por otros, cuidemos unos a otros, perdonémonos unos a otros.

»Recemos a menudo: “¡Sagrado Corazón de Jesús, en Vos confío!”»

Oración Nacional el Viernes Santo

Únase al Arzobispo José H. Gomez, presidente de la Conferencia de Obispos Católicos de Estados Unidos y Arzobispo de Los Angeles, en un momento de oración nacional en el tiempo del coronavirus. Juntos como nación, oremos la Letanía del Sagrado Corazón de Jesús y buscaremos la sanación y la protección de nuestro Salvador.

—

¿Cuándo?
Viernes Santo, 10 de abril del 2020
12pm Este | 11am Centro | 10am Montaña | 9am Pacífico

¿Cómo participar?
Visite facebook.com/usecb o lacatholics.org/sacred-heart para unirse a la transmisión en vivo y para que oremos como una sola nación.

United States Conference of Catholic Bishops #PRAYTOGETHER

Monseñor Gómez acabó sus palabras acudiendo a la intercesión de la Virgen María para que nos ayude a estar unidos al Sagrado Corazón de Jesús, su Hijo, pasando a continuación a rezar, unido al todo el país, las letanías del Sagrado Corazón de Jesús. La ceremonia acabó con un canto de acción de gracias, la bendición del arzobispo y un himno al Corazón de Jesús compuesto por Bob Hurd, concediéndose indulgencia plenaria a todos aquellos que se unieran a ella para rezar por el fin de la pandemia.

Se multiplican las consagraciones al Corazón de Jesús y de María

TAMBIÉN para pedir el auxilio divino se han multiplicado últimamente las consagraciones al Corazón de Jesús y de María, y entre ellas hemos de destacar la de España y Portugal realizada el pasado 25 de marzo en el santuario de Fátima por el cardenal Antonio dos Santos Marto, obispo de Leiria-Fátima. Monseñor Marto presidió ante la imagen primigenia de la Virgen de Fátima, venerada en la capilla de las Apariciones, el rezo del rosario y la consagración al Sagrado Corazón de Jesús y al Inmaculado Corazón de María de la península ibérica —a la que se unieron Albania, Bolivia, Colombia, Costa Rica, Cuba, Eslovaquia, Guatemala, Hungría, India, México, Moldavia, Nicaragua, Panamá, Paraguay, Polonia, Kenia, República Dominicana, Rumanía, Tanzania, Timor Oriental y Zimbabue. Visiblemente emocionado, realizó la siguiente consagración:

«Corazón de Jesucristo, médico de las almas, Hijo amado y rostro de la misericordia del Padre, la Iglesia que peregrina sobre la tierra en Portugal y España —naciones que son tuyas— mira para tu costado abierto, que es su fuente de salvación, y te suplica: *en esta singular hora de sufrimiento, asiste a tu Iglesia, inspira a los gobernantes de las naciones, escucha a los pobres y a los afligidos, enaltece a los humildes y a los oprimidos, sana a los enfermos y a los pecadores, levanta a los abatidos y a los desanimados, libera a los cautivos y prisioneros y libranos de la pandemia que nos afecta.*

»Corazón de Jesucristo, médico de las almas, elevado en lo alto de la cruz y palpado por los dedos del discípulo en la intimidad del cenáculo, la Iglesia que peregrina sobre la tierra en Portugal y España —naciones que son tuyas— te contempla como imagen del abrazo del Padre a la humanidad, ese abrazo que, en el Espíritu del Amor, queremos darnos unos a otros según tu mandato en el lavatorio de los pies, y te suplica: *en esta singular hora de sufrimiento, ampara a los niños, a los ancianos y a los más vulnerables, conforta a los médicos, a los enfermeros, a los profesionales de la salud y a los voluntarios cuidadores, fortalece a las familias y refuérzanos en la ciudadanía y en la solidaridad, sé la luz de los moribundos, acoge en tu Reino a los difuntos, aleja de nosotros todo mal y libranos de la pandemia que nos afecta.*

»Corazón de Jesucristo, médico de las almas e Hijo de Santa María Virgen, por medio del Corazón de tu Madre, a quien se entrega la Iglesia que peregrina sobre la tierra en Portugal y España —naciones que desde hace siglos son tuyas— y en tanto otros países, acepta la consagración de tu Iglesia. Al consagrarse a tu Sagrado Corazón, la Iglesia se entrega a la protección del Corazón Inmaculado de María, configurado por la luz de tu pascua y aquí revelado a tres niños como refugio y camino que conduce a tu Corazón. Sea Santa María Virgen, Nuestra Señora del Rosario de Fátima, la Salud de los Enfermos y el Refugio de tus discípulos nacidos junto a la cruz de tu amor. Sea el Inmaculado Corazón de María, a quien nos entregamos, quien diga con nosotros: *en esta singular hora de sufrimiento, acoge a los que perecen, da aliento a los que a ti se consagran y renueva el universo y la humanidad. Amén.*»

Por su parte, el cardenal y arzobispo primado de México, Carlos Aguiar Retes, acompañado del nuncio de Su Santidad en México, monseñor Franco Coppola y diversos obispos y sacerdotes, consagró América Latina y el Caribe a la Virgen de Guadalupe, Emperatriz de América, en su basílica el pasado Domingo de Resurrección, para pedirle por la salud del mundo y el fin de la pandemia del coronavirus, con las siguientes palabras:

«Santísima Virgen María de Guadalupe, Madre del verdadero Dios por quien se vive, en estos momentos, como Juan Diego, sintiéndonos “pequeños” y frágiles ante la enfermedad y el dolor, te elevamos nuestra oración y nos consagramos a ti. Te consagramos nuestros pueblos, especialmente a tus hijos más vulnerables: los ancianos,

los niños, los enfermos, los indígenas, los migrantes, los que no tienen hogar, los privados de su libertad.

»Acudimos a tu inmaculado Corazón e imploramos tu intercesión: alcánzanos de tu Hijo la salud y la esperanza. Que nuestro temor se transforme en alegría; que en medio de la tormenta tu Hijo Jesús sea para nosotros fortaleza y serenidad; que nuestro Señor levante su mano poderosa y detenga el avance de esta pandemia.

»Santísima Virgen María, “Madre de Dios y Madre de América Latina y del Caribe, Estrella de la evangelización renovada, primera discípula y gran misionera de nuestros pueblos”, sé fortaleza de los moribundos y consuelo de quienes los lloran; sé caricia maternal que conforta a los enfermos; y para todos nosotros, Madre, sé presencia y ternura en cuyos brazos todos encontremos seguridad. De tu mano, permanezcamos firmes e inmovibles en Jesús, tu Hijo, que vive y reina por los siglos de los siglos. Amén».

Algunos días antes, el 3 de abril, los obispos y la Iglesia del Paraguay consagraron su nación y su pueblo a la Virgen de los Milagros, su Santa Patrona, por medio de monseñor Ricardo Valenzuela, obispo de Caacupé:

«Oh, María, Virgen Inmaculada, tú que has sido elegida por el Padre para aplastar la cabeza de la antigua serpiente, ayúdanos a vencer este mal, llamado coronavirus, que nos agobia en estos días. Madre infatigable, que junto con tu esposo san José, fuisteis incansables custodios del Niño Jesús, protege con amor maternal a toda la humanidad, en especial, a los hijos de esta tierra guaraní.

»Madre dolorosa, tú que estuviste junto a la cruz de tu Hijo, acompáñanos en nuestra lucha de cada día, para que sintamos la fortaleza del Espíritu y el amor misericordioso del Padre.

»Reina de los Apóstoles, tú que nunca abandonas a los discípulos de tu Hijo, ampáranos en este difícil momento; y haz que permanezcamos unidos en la oración, la solidaridad y el servicio al prójimo.

»Trono de la sabiduría, que acompañas a la humanidad en su búsqueda de una vida mejor, asiste a las autoridades, médicos, científicos y religiosos y a todos los que trabajan para ayudar a los demás.

»Virgen prudentísima, que con tu sí, nos has enseñado a hacer la voluntad de Dios, guíanos en estos tiempos de tempestad, para que podamos descubrir en ellos el llamamiento de Jesús que nos dice: “Convertíos y creed en el Evangelio”.

»Virgen poderosa, que desde los inicios de nuestra historia quisiste ser la defensora de este pueblo humilde, llamado Paraguay y te quedaste con nosotros con el nombre de Tupãsy Caacupé, te pedimos que nos sigas bendiciendo desde el cielo.

»Venerable Señora de Caacupé, te consagramos nuestra patria, el Paraguay. ¡Ayúdanos a construir una nación santa donde reinen la solidaridad, la justicia, la verdad, la alegría y la paz!

»Bajo tu amparo, nos cobijamos ¡Oh santa Madre de Dios! Y confiados en tu poderosa intercesión, te presentamos nuestras humildes plegarias. ¡Virgen gloriosa y bendita! Presenta, con bondad, estos ruegos a tu Hijo Je-

sucristo, Nuestro Salvador, que vive y reina con el Padre, en la unidad del Espíritu Santo y es Dios por los siglos de los siglos. Amén».

Y ese mismo día, monseñor Fernando Castro, obispo de Margarita, en comunión con los preladados del oriente de Venezuela, consagró el país y el mundo a la protección de Nuestra Señora del Valle.

Ostensión extraordinaria de la Sábana Santa

OTRO de los actos organizados estos últimos días para solicitar a Dios la liberación de la humanidad de la pandemia del coronavirus es la veneración de la Sábana Santa durante una celebración litúrgica presidida por monseñor Cesare Nosiglia, arzobispo de Turín, en la que tuvo lugar la ostensión extraordinaria de esta reliquia y que fue retransmitido en directo a todo el mundo.

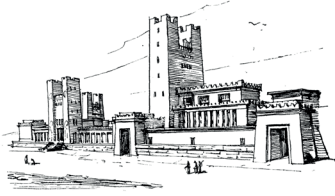
«En estos tiempos difíciles y complejos –afirmó monseñor Nosiglia–, muchos, incluso los creyentes, ya no tienen ojos para ver y reconocer a su lado al Señor, la fuente de esperanza y fortaleza para enfrentarse serenamente y con coraje a la situación de una epidemia que siembra la muerte. La Sábana Santa nos ayuda a ir más allá. (...)

»El río de peregrinos que a lo largo de los siglos ha pasado frente a la Sábana Santa está formado por personas que son como gotas de una humanidad necesitada de Dios, de su afecto misericordioso, de su comprensión amorosa y solidaria y que quiere sentirse amado por un gesto de predilección, acogido por un abrazo cariñoso que alienta y une.

»Entonces, junto con el papa Francisco, podemos decir que la nuestra no es una simple observación de la Sábana Santa, sino que es dejarse mirar por ella; esa cara tiene los ojos cerrados y la cara de un difunto, pero misteriosamente nos mira y desde el silencio habla para hacernos comprender qué gran sufrimiento tuvo que sufrir a causa de nuestros pecados (...).

»¿Cómo es posible, cómo es que la gente fiel quiere detenerse frente a este icono de un hombre azotado y crucificado? Debido a que la Sábana Santa nos invita a contemplar a Jesús de Nazaret, muerto y resucitado. Su imagen impresa en la tela habla a nuestro corazón y nos empuja a subir al Monte del Calvario, a traer el bosque de la cruz con él y sumergirnos en el silencio elocuente del amor y dejarnos alcanzar por esta mirada que no busca nuestros ojos sino nuestro corazón. (...)

»Este cuerpo torturado expresa una majestad soberana y como si mostrara una energía contenida pero poderosa y como si dijera: “Ten confianza, no pierdas la esperanza, la fuerza del amor de Dios, el poder del Resucitado, vence toda adversidad, incluso la muerte”. La Sábana Santa nos invita a aceptar este anuncio: “Más fuerte es el amor”; y ser testigos de él todos los días a través de los signos de esa caridad que despierta la esperanza en los corazones de los pobres y de quienes lo acogen con fe».



ACTUALIDAD POLÍTICA

JORGE SOLEY CLIMENT

China: la denuncia del cardenal Bo

No sabemos cuál será el impacto de la pandemia del coronavirus Covid-19 que ha confinada en sus casas a casi toda la humanidad, pero sí sabemos algunos de los detalles que rodean su primer origen y expansión en China. Conocemos cómo el régimen comunista chino ocultó durante meses el problema, cómo los primeros médicos que hablaron públicamente de él fueron castigados (para luego fallecer por causa del coronavirus), cómo los datos de contagiados y fallecidos fueron manipulados.

Es lo que denuncia el cardenal Bo, arzobispo de Yangon, una de las poquísimas voces que se alzan en estos tiempos en la propia China para acusar al régimen comunista de Pekín de haber mentido en los inicios de la pandemia, empeorando así su difusión.

En una carta abierta publicada en la página web de su diócesis, escribe que *«se alzan voces en todo el mundo contra la negligencia de China, especialmente de su tiránico Partido Comunista Chino, dirigido por su hombre fuerte Xi. El London Telegraph, el 29 de marzo de 2020, escribe que el Ministro de salud Británico acusa a China de ocultar el tamaño real del coronavirus. Con consternación comenta la reapertura de los mercados de animales vivos, identificados como la causa principal de la propagación del virus. James Kraska, un prestigioso jurista, afirma que China es legalmente responsable del Covid-19 y que puede ser demandada por miles de millones de dólares. Según un modelo epidemiológico de la Universidad de Southampton, si China hubiera actuado responsablemente sólo una, dos o tres semanas antes, el número de personas infectadas se habría reducido en un 66%, 86% y 95% respectivamente»*. Y añade de su propia pluma: *«La responsabilidad principal es de un solo gobierno, por lo que ha hecho y lo que no ha hecho, y es el gobierno del Partido Comunista Chino. Que quede claro que el responsable es el PCCh, no el pueblo de China, nadie debe reaccionar con odio racista hacia los chinos. De hecho, el pueblo chino es la primera víctima de este virus y hace tiempo que es víctima de este régimen represivo»*.

Que China sigue ocultando la verdad se confirma por el número de opositores, periodistas y testigos que desaparecen cada semana. Una de las últimas en desaparecer ha sido la Dra. Ai Fen, de Wuhan, una de las primeras en identificar el Covid-19 en

su hospital. Había compartido sus sospechas con algunos de sus colegas, incluyendo a Li Wenliang, considerado el «descubridor» de la nueva enfermedad. Era el 30 de diciembre de 2019 y aún no se sabía el motivo por el que aparecían tantas enfermedades respiratorias entre quienes frecuentaban el mercado de animales vivos de Wuhan. Tanto Ai Fen como Li Wenliang fueron silenciados inmediatamente por las autoridades. El caso de Li se ha hecho mundialmente famoso, especialmente desde el momento en que las autoridades chinas lo han rehabilitado *postmortem* (murió de Covid-19 el pasado 7 de febrero). Menos conocida es la censura pública que también sufre Ai Fen, explicada por ella misma en la revista *Renwu* del pasado 10 de marzo. Allí explicaba cómo sufrió la presión de las autoridades, que le ordenaron guardar silencio para no crear pánico y la acusaron de ser una delatora. Su desaparición podría ser un arresto secreto para silenciarla.

Ai Fen es sólo el último caso de desapariciones en la China comunista: Ren Zhiqiang, un empresario que había acusado públicamente a Xi Jinping de mala gestión de la epidemia permanece desaparecido desde poco después de la aparición de su escrito. A esta desaparición se une el arresto de diversos disidentes y críticos con el régimen. Un modo de proceder que no es ajeno a un régimen criminal que oprime a los católicos, a los uigures, a la población de Hong Kong, que destruye iglesias, encarcela en campos de trabajos forzados a los opositores y lamina cualquier atisbo de libertad.

Añadamos una última nota macabra a este repaso a las actuaciones del régimen comunista chino. Nos referimos a las noticias de que China realizó el primer doble trasplante de pulmón del mundo en un paciente de COVID-19 el pasado 28 de febrero, una actividad que continúa realizando desde entonces. El pequeño problema es que China estaría consiguiendo estos pulmones de prisioneros políticos y religiosos.

Nada nuevo, pues se sabe que en China, desde hace mucho tiempo, se efectúan extracciones forzadas de órganos de prisioneros: se estima que en China se realizan entre 60 y 90.000 trasplantes cada año. En 2015, en medio de una importante presión internacional, China anunció que prohibiría la extracción forzosa de órganos de prisioneros, una promesa que, como tantas otras, parecen ser meros gestos para la galería.

Cambios demográficos en Hungría

HACE aproximadamente un año conocíamos las ambiciosas medidas que el gobierno húngaro presidido por Víctor Orban tomaba para promover la natalidad en su país y así intentar remediar, aunque fuera parcialmente, los problemas demográficos de Hungría, algo que comparte en mayor o menor medida con todos los países europeos.

Hungría tiene en la actualidad una población de casi nueve millones, cerca de un millón menos que a principios de los años ochenta del siglo pasado, cuando alcanzó su población máxima. Es decir en las últimas cuatro décadas ha caído en un 10% y lo ha hecho de modo constante, por lo que esta disminución refleja una tendencia continuada y con causas bien enraizadas.

Los datos finales de 2019, que la secretaria de Estado para la Familia y la Juventud, Katalin Novák, ha dado a conocer son notables: la tasa de nacimientos (número de nacimientos por cada 1.000 personas) ha crecido un 8,4%, la tasa de fertilidad ha subido de 1,4 a 1,6 (aún lejos del 2,1 considerado tasa de reemplazo) y el número de matrimonios ha crecido un 100%, doblando su cifra.

Parece, pues, que el esfuerzo realizado está causando efectos. El «Plan de acción para la protección de la familia» asciende al 5% del PIB húngaro y es cuatro veces superior a su presupuesto en Defensa. Ofrece a los matrimonios con tres o más hijos ayudas económicas para comprar un coche en el que poder transportar a la familia y créditos con condiciones especiales a partir del primer hijo, cuyo tipo de interés se reduce drásticamente con la llegada del segundo hijo y que son condonados con el nacimiento del tercer hijo. En el caso de familias con un cuarto hijo, las madres quedan exentas de pagar impuesto sobre la renta durante el resto de sus vidas.

Las ventajas financieras son importantes, pero al menos tan importante es el mensaje que se está dando acerca de lo que valora el gobierno y la sociedad húngaros al apoyar de este modo el matrimonio y la familia.

En medio de la pandemia, el aborto llega a Irlanda del Norte

TAL y como estaba previsto, el gobierno británico ha aprovechado la suspensión de la autonomía norirlandesa para imponer el aborto en Irlanda del Norte. Lo ha anunciado además en una fecha muy significativa, el 25 de marzo, fiesta de la Encarnación del Señor en que la Iglesia cele-

bra el Día de la Vida. En lo que supone una trágica incoherencia, el anuncio de la extensión del aborto se realiza mientras se hacen todo tipo de declaraciones y esfuerzos para salvar el máximo de vidas posibles ante la pandemia del coronavirus. Como han expresado los obispos católicos de Irlanda del Norte, «en un contexto en el que se habla de que cada vida es importante, estamos tristes y consternados por la decisión del Gobierno de introducir esta regulación del aborto en Irlanda del Norte».

Las nuevas normas impuestas al Ulster, con la oposición del 80% de la población de aquella provincia (en una demostración de que el supuesto respeto a la democracia es de aplicación variable), crean una situación para el aborto más liberal incluso que en el resto del Reino Unido, permitiendo el aborto a petición durante las primeras 12 semanas de embarazo y hasta 24 semanas por razones de salud mental o física, no definidas en la norma.

El partido de la comunidad protestante en el Ulster, el DUP, se ha opuesto taxativamente a la liberalización del aborto, mientras que los partidos que recogen los votos de la comunidad católica, los nacionalistas Sinn Féin y Partido Laborista Social Democrático han apoyado la norma impuesta por el gobierno de Londres. Peadar Kirby, líder de un nuevo partido irlandés defensor de la vida, Aontú, no ha dudado en afirmar que «la ley del aborto que el Sinn Féin ha ayudado a introducir acabará directamente con miles de vidas». El aborto ha provocado que por primera vez en 200 años de republicanismo irlandés, sus dirigentes se hayan aliado con el gobierno de Londres para imponer una legislación británica en territorio irlandés en contra de la voluntad de los irlandeses afectados.

Asimismo, aprovechando el decreto que regula la situación especial por el coronavirus, el gobierno británico ha introducido, dentro del apartado dedicado a la «telemedicina», la posibilidad de conseguir píldoras abortivas después de consultar a un profesional sanitario a través de videoconferencia.

Las primarias demócratas ponen por delante a Joe Biden

ESTE año es año electoral en Estados Unidos: el próximo mes de noviembre se celebrarán elecciones presidenciales. El Partido Republicano presentará al presidente Donald Trump a la reelección, mientras que el Partido Demócrata tenía que elegir a su candidato.

Al inicio de las primarias demócratas parecía que podíamos encontrarnos ante alguna sorpresa. Joe Biden, el veterano político que fue vicepresidente con Obama y que cuenta con el apoyo de los

órganos del partido, lo que se suele denominar el *establishment*, no despegaba, el novato Pete Buttigieg era capaz incluso de derrotarle en Iowa y New Hampshire, la amenaza de la candidatura del millonario Bloomberg se oteaba en el horizonte y el socialista independiente Bernie Sanders avanzaba con paso firme. Fue en ese momento cuando saltaron todas las alarmas. El Partido Demócrata iba a hacer lo que fue incapaz de hacer el Partido Republicano para frenar a Trump en 2016: actuar con decisión para concentrar el voto en un solo candidato moderado e impedir así que alguien ajeno a su estructura como Sanders se aupara con la victoria. Un rechazo a Sanders que no es sólo manía a quien nunca ha militado en el partido, sino verdadero pánico ante un candidato sin posibilidades reales de derrotar a Trump y con quien se presumía que sería imposible arrebatarse el Senado a los republicanos y con ello, cualquier posibilidad de bloquear las nominaciones al Tribunal Supremo de Trump.

El momento clave fue Carolina del Sur, justo antes del Supermartes, donde Biden recibió el apoyo de los dirigentes demócratas de un estado de población mayoritariamente negra que se volcó masivamente y le dio una sonada victoria. Joe Biden se había salvado. Ahora se trataba de alargar esa inercia al Supermartes, el día en que se celebraban primarias en más de diez estados, incluyendo algunos de los más poblados, como Texas y California...

Para ello el *establishment* demócrata movió todos los hilos posibles y consiguió la retirada de Pete Buttigieg y Amy Klobuchar, que pidieron el voto para Biden la víspera del Supermartes. Klobuchar era presa fácil, pero Buttigieg había aspirado al puesto que ahora ocupa Biden, el de candidato favorito del *establishment* demócrata. No obstante Buttigieg, además de su corta experiencia, ha demostrado que funciona bien entre los liberales urbanitas, pero que no levanta entusiasmos entre la comunidad afroamericana y eso, en el Partido Demócrata actual, es un hándicap insuperable. Un 11% de los votantes negros de Obama se quedaron en casa en las últimas elecciones, lastrando definitivamente las posibilidades de Hillary Clinton. La jugada, finalmente, resultó, con Biden llevándose la victoria en nueve de los catorce estados en juego, por los cinco estados en los que ha vencido Bernie Sanders

Sin Buttigieg ni Klobuchar, el único que le podía disputar el voto moderado a Biden era el multimillonario Michael Bloomberg, que aún no había entrado en liza y se lo jugaba todo en el Supermartes. Una estrategia arriesgada que ha fracasado, pues a pesar

de los muchos millones invertidos por Bloomberg (aunque las cifras varían, se habla de ente 400 y 700 millones de dólares invertidos en publicidad) esperando protagonizar una entrada tardía pero impactante en la carrera electoral, el ex alcalde de Nueva York ha obtenido resultados en torno al 15% de los votos. Con estas cifras su candidatura perdía sentido y no le quedó más remedio que retirarse de la pugna. Los 17 millones del candidato Tom Steyer gastados en Carolina del Sur con escasos resultados en forma de votos fueron un aviso de lo que Bloomberg ha confirmado a lo grande: aún hay cosas que el dinero no puede.

El más izquierdista de los candidatos, Bernie Sanders, consiguió la victoria en California, el estado con más delegados, pero probablemente esto no baste. Sí, Sanders ha demostrado contar con un entusiasta ejército de voluntarios dispuestos a darlo todo, a pedir el voto puerta a puerta, a movilizar a sus amigos e incluso a aportar dinero a su campaña (la aportación media a la campaña de Sanders es de 26 dólares), pero lo cierto es que se mueve entre el 25% y el 35% (30% en Texas, 32,8% en California), con la excepción de su estado, Vermont, donde consigue un anómalo 50,7%, una cifra enorme pero que aún queda lejos de los resultados habituales en sus admirados países socialistas.

La otra candidata que le disputa el voto más izquierdista a Sanders, la senadora por Massachusetts Elizabeth Warren, tras moverse entre el 10% y el 15% de los votos, se ha visto obligada a arrojar la toalla, eso sí, tras ofrecer un valioso servicio al *establishment* demócrata al dividir el voto izquierdista y arañarle delegados al enemigo a batir, Sanders.

El panorama, pues, se va aclarando en torno a dos polos encabezados por Biden y Sanders, el primero con el apoyo del partido, el segundo el que apuesta por políticas socialistas. Todo parece indicar que será Biden quien llegará a la Convención de julio en Milwaukee con los 1991 delegados necesarios para obtener la nominación presidencial a la primera. Pero incluso si no fuera así, Biden puede contar con los 771 superdelegados (este año aproximadamente el 16% de los delegados), elegidos directamente por el partido sin haber sido votados y que se inclinarán masivamente a favor de Biden. Al final, el candidato del partido que se proclama «multirracial y feminista», del partido de la «diversidad», saldrá de la lucha entre dos hombres viejos blancos, Biden y Sanders, a punto de convertirse en octogenarios, uno de los cuales se tendrá que enfrentar al jovencito Trump (sólo tiene 73 años).



info@balmeslibreria.co



www.balmeslibreria.co



682 856 468




93 317 80 94

BALMES

LIBRERIA

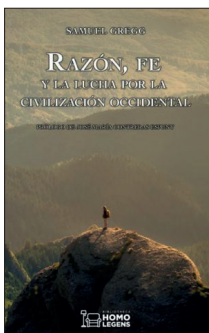


- Servicio inmediato de venta on line.
- Recomendaciones a través de la web en las diferentes áreas.
- Libros de filosofía, teología, espiritualidad y humanidades.
- Servicio de suscripción a nuestra revista.
- Acceso a la hemeroteca de **CRISTIANDAD**.
- ¡Síguenos en Facebook y a través de nuestro canal de youtube!
- ¡Consulta nuestro blog!
- Servicio de suscripción a *L'Osservatore Romano* y revistas nacionales y extranjeras.



¡Efectúa un pago anual de 23 euros y disfruta de todos los envíos gratis durante un año! Podrás contratar este servicio cuando estés completando tu pedido.

CRISTIANDAD les recomienda este mes:



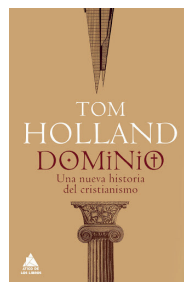
Razón, fe y la lucha por la civilización occidental

Autor: Samuel Gregg
Editorial: Homo Legens
266 páginas
Precio: 19,50 €

Este libro de Samuel Gregg constituye un atinado diagnóstico de los males que afligen al Occidente contemporáneo. La proliferación de corrientes filosóficas y teológicas tales como el materialismo, la religión liberal, el prometeísmo, el científicismo y el relativismo autoritario ha quebrado la unión entre razón y

fe, que tan fecunda resultó durante siglos y que tan necesaria sigue antojándose hoy.

El autor defiende un mundo creado por amor, reivindica una realidad cargada de *logos*, de razón, nos recuerda que el hombre puede descubrir ese sentido que vertebra todo lo real y afirma una verdad incontrovertible nutrida por la fe y la razón.



Dominio

Holland, Tom
Editorial: Ático de los Libros
272 páginas
Precio: 29,90 €

El cristianismo es el legado más influyente y duradero de la Antigüedad, y su surgimiento constituye la revolución más radical que ha conocido la historia de Occidente. El impacto de la religión cristiana ha dejado huella en todos los campos del desarrollo humano. Un análisis que abarca desde la invasión persa de Grecia en el 480 a.C. hasta las crisis migratorias de la Europa actual, desde Nabucodonosor y los primeros días de la Iglesia a los Beatles, el movimiento feminista y el estado islámico. «Hay mucho que admirar en este libro –afirma el crítico James Bradshaw–, sin menospreciar el hecho de que un historiador no creyente se haya tomado tanto tiempo para examinar el positivo rol del cristianismo en la creación de un mundo más amable, gentil y caritativo».



A mí toda la gloria

Autor: Hadjadj, Fabrice
Editorial: Palabra
160 páginas
Precio: 14,90 €

Con esta nueva obra, Fabrice Hadjadj rehabilita el concepto de gloria, a menudo vista con recelo por los cristianos que parten de una noción errónea de humildad y que han hecho de ella su virtud principal. ¿Qué quiere el Creador para su criatura? Que se reconozca y

brille.

En estas páginas, Fabrice Hadjadj, célebre escritor y filósofo francés, reflexiona con gran agudeza y sentido del humor yendo de la gloria de Dios a la de su creación: desde la piedra al pavo real, para acabar hablando sin complejos de nuestra propia gloria.



Permanecer

Para escapar del tiempo del movimiento perpetuo

Autor: Bellamy, François-Xavier
Editorial: Didaskalios
208 páginas
Precio: 22,00 €

François-Xavier Bellamy nos presenta un elogio de la permanencia exponiendo las consecuencias de dejarse arrastrar por una sociedad acelerada. Mientras recorre con agilidad la historia que nos ha llevado hasta aquí, Bellamy nos anima a detenernos, a disfrutar de los lazos que han construido una cultura y una civilización. Sin renegar de los beneficios de la revolución técnica, señala lo que parece que se nos ha olvidado: los fundamentos que nos permiten habitar el mundo.

CONTRAPORTADA

«La fe necesita de la Iglesia y de los sacramentos»



«La familiaridad de los apóstoles con Jesús siempre era comunitaria... con el Sacramento, con el Pan.

»Digo esto porque alguien me hizo reflexionar sobre el peligro que este momento que estamos viviendo, esta pandemia que nos ha hecho a todos comunicarnos religiosamente a través de los medios de comunicación, incluso esta Misa, estamos todos comunicados, pero no juntos, espiritualmente juntos. El pueblo es pequeño, pero hay un gran pueblo: estamos juntos, pero no juntos. Además está el Sacramento: hoy lo tienen, la Eucaristía, pero las personas que están conectadas con nosotros sólo tienen la Comunión espiritual. Y esto no es la Iglesia: es la Iglesia en una situación difícil, que el Señor permite, pero el ideal de la Iglesia es estar siempre con el pueblo y con los sacramentos. Siempre.

(...) »Es cierto que en este momento debemos alimentar esta familiaridad con el Señor de esta manera, pero para salir del túnel, no para quedarnos ahí. Y esta es la familiaridad de los apóstoles: no gnósticos, no viralizados, no egoístas para cada uno de ellos, sino una familiaridad concreta, en el pueblo. Familiaridad con el Señor en la vida diaria, familiaridad con el Señor en los Sacramentos, en medio del Pueblo de Dios».

FRANCISCO, Homilía en Santa Marta, 17/4/2020